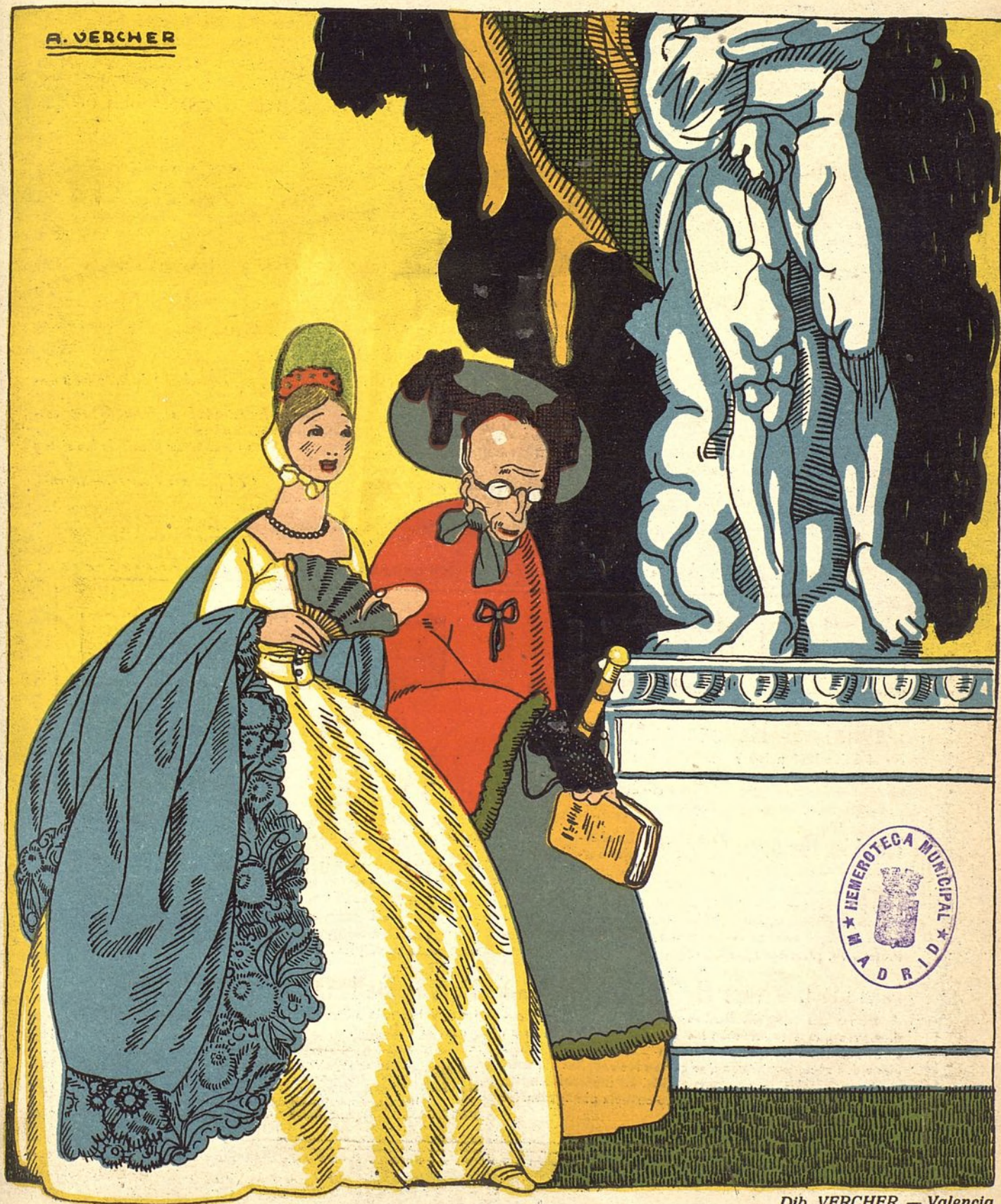


BUEN HUMOR

A. VERCHER



Dib. VERCHER. — Valencia.

— Oye, tía: ¿Esta estatua es de Apolo?
— ¡Por la musculatura más bien parece de Price!

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos hoy la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Como ya hemos dicho repetidas veces, para tomar parte en este concurso es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su correspondiente cupón. Y como también hemos repetido varias veces, concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

En un Five Whit Dansant.

— Y usted, ¿qué es?

— Delineante.

— Pues no se meta en dibujos, porque pierde usted el compás.

LICENCIADO VIDRIERA. — Bilbao.

— ¿En qué día del año no se tiene miedo a los naufragios?

— El día de la Fiesta de la Flor, porque las niñas le ponen a uno en seguida el bote.

PEPE.

La cuenta del sastre.

— Me obliga usted a venir personalmente a presentarle la factura, y a advertirle que, si no me paga ahora mismo, me verá obligado a tomar otras medidas.

— ¿Para qué se va usted a molestar, si con las que tiene en casa me va la ropa perfectamente.

DAVID JIMÉNEZ. — Bilbao.

— ¿Cuánto te han costado esos zapatos?

— Cincuenta pesetas y el piso.

— ¿Tiene ascensor?

LICENCIADO VIDRIERA. — Bilbao.

Camino de los toros.

— ¿Vas a los toros?

— Sí; son cosas (refiriéndose al ganado) de Veragua.

— ¿De ver-agua? No digo que no. Está nublado y no tendría nada de extraño.

GABRIEL COCA. — Albacete.

En una cerveceria entra un individuo y pide un tercio de cerveza negra.

Al observar que el camarero le deja sobre la mesa otro conteniendo cerveza dorada, saca un pañuelo y comienza a agitarlo.

— ¿Por qué hace usted eso, señorito?

— le pregunta el camarero.

— Para que cambien el tercio.

EL PERRO PACO.

En el teatro.

— ¡Eh, acomodador! ¿Cuándo va a empezar?

— Se ha retrasado el decorado; empezará a las siete y media.

— ¿Y voy a esperar plantado las siete y media?

LICENCIADO VIDRIERA. — Bilbao.

El premio del número anterior ha correspondido a **D. Julio Durante**.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.

Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitosa perfume.

Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas.
A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.



CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño oscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Comp. — BADALONA (España).

CONCURSOS DE "BUEN HUMOR"

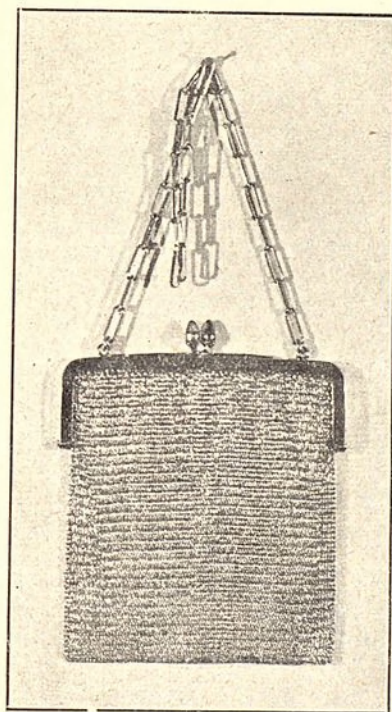


HENOS aquí, queridos lectores, y especialmente adoradas lectoras de nuestro corazón, en actitud elegantemente obsequiosa, ofreciendo a ustedes un nuevo concurso, tan sensacional, o si cabe (que sí que puede que quepa), bastante más sensacional que los anteriores.

Este concursazo, mucho más llamante que Weyler y muchísimo más nuevo que los argumentos y chistes de las comedias (¡¡¡...!!! ¿¿¿...???) de D. Pedro Muñoz Seca (el D. Pedro el Cruel de la edad presente), va principalmente dedicado a las señoras y señoritas que nos honran, nos favorecen y nos conmueven hasta el tuétano con su protección, su atención, su admiración, y a veces hasta su colaboración. Esto no quiere decir que los caballeros, los pollos tiernos, y hasta el Gallo (Rafael), queden excluidos del concurso en cuestión; pues aunque el premio que ofrecemos es femenino por su aspecto, su elegancia y su uso, si un caballero resulta *agraciado* (que lo dudamos, dada la epidemia de fealdad reinante), puede y debe obsequiar con él a la señora de sus pensamientos, de sus afanes y de sus ansias; y si no está enamorado, a la señora de su más íntimo amigo; y si no dispone de amigos íntimos, a una de las hijas del jefe de la oficina donde preste (o venda, o alquile) sus servicios. Y si está solo en el mundo, puede también vender nuestro obsequio en pública subasta, y comer unos días de lo que saque. De todas maneras, el resultado será siempre halagador y regocijan-

te. Y ahora, al grano..., que, como verán ustedes, no es grano de anís.

Uno de los redactores de BUEN HUMOR, el que nos parece que tiene más buen gusto y más experiencia en las aficiones femeninas (sabemos que ya ha puesto piso a diez señoras), ha sido el encargado de comprar el premio, en virtud de haberle nombrado en esta casa como redactor *propio para rega-*



los, y nos ha sorprendido gratamente con la adquisición del formidable y exquisito bolso cuya fotografía acompaña a estas cortas líneas que estamos teniendo el gusto de dirigir a ustedes.

Este bolso magnífico, este bolso estupendo, este bolso extraplaneatario y rutilante va a experimentar el voluptuoso placer de ponerse en las suaves y blancas manos de una de nuestras bellísimas lectoras (¡¡Viva la señora madre que la colocó en este mundo!!), con sólo un modesto ejercicio de adivinación, que es el siguiente:

En el interior del bolso, en la parte más recóndita, allá en lo profundo del alma bohemia de su úni-

co departamento, hay una tarjeta con el nombre de una artista. ¿De verso? ¿De zarzuela? ¿De ópera? ¿Cupletista? ¿Bailarina, ¿Segunda tiple del Reina Victoria? Eso es lo que hay que adivinar, averiguar o solucionar...

La señorita (o el caballero que trabaje por cuenta de la señorita) que dé con el nombre que contiene el bolso, pasará a ser la dueña (o el dueño) del premio sin más discusión, le daremos nuestra más cordial enhorabuena por su buena vista, y aquí no ha pasado nada.

Y si fuesen varias las personas con ojo de lince que averiguasen el misterio, se celebraría el correspondiente sorteo, y *pax Christi*, y todos tan contentos.

¿Tienen ustedes alguna objeción que hacer?

¿No?

Ya lo esperábamos nosotros.

Y sin otra cosa de particular que advertirles que el concurso se cerrará a piedra y lodo el 11 de junio, y que hay que acompañar, como de costumbre, toda solución que se nos remita de los cuatro cupones que se insertarán para ello en los números 24, 25, 26 y 27, quedamos, como siempre, a sus gratas órdenes, y besamos uno por uno todos los lindísimos, brevísimos y bien calzados piecitos de todas las hermosas lectoras que se dispongan a tomar parte en este modesto pasatiempo.

Y si la agraciada estima todavía que el premio no es de bastante valor, que pida por esa boca, que estamos dispuestos a darle, no el bolso, sino el bolso y la vida, que es todo lo que tenemos a nuestra disposición.

CUPÓN

correspondiente al número 24
de

BUEN HUMOR

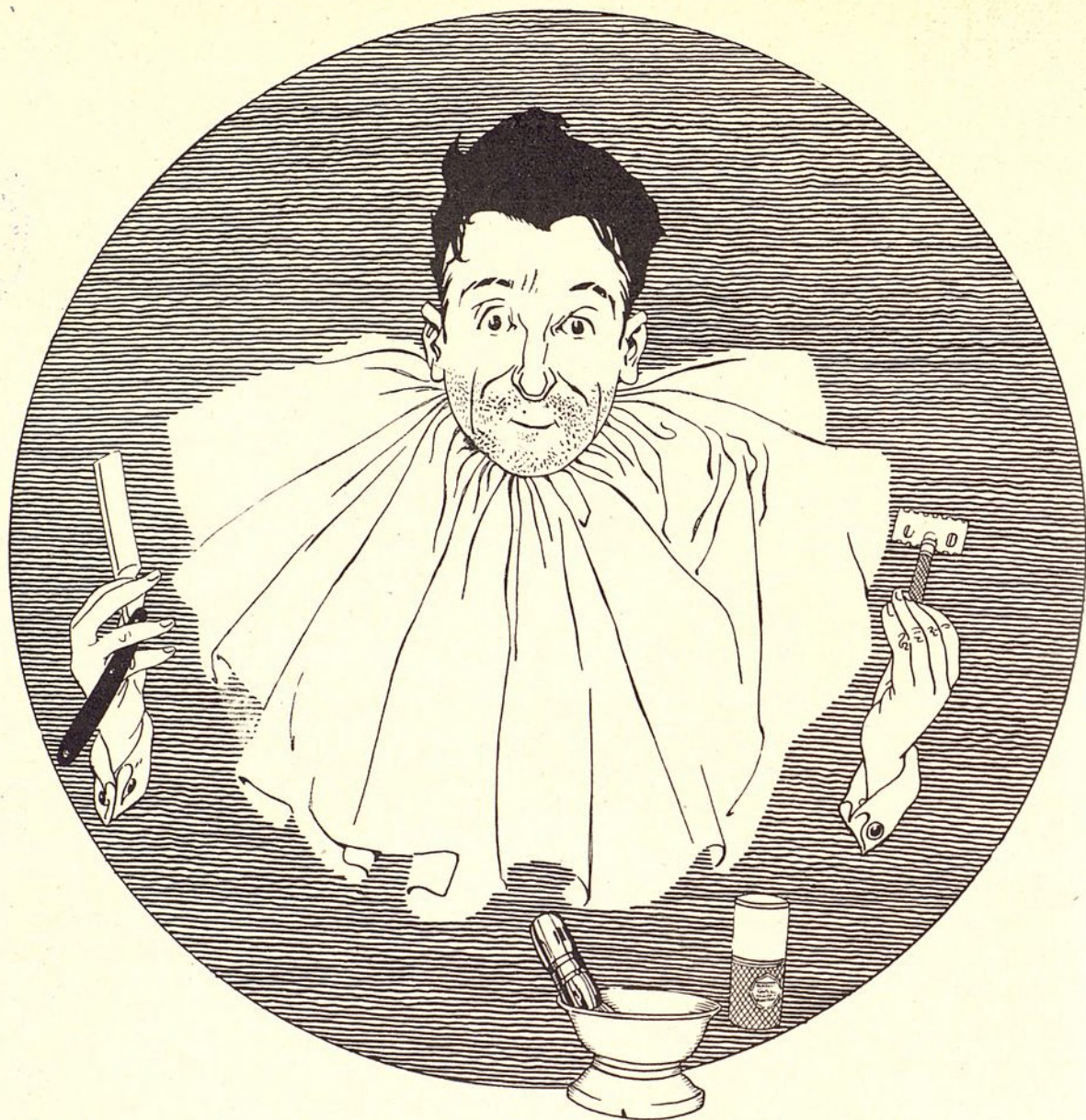
que deberá acompañar a todo
trabajo que se nos remita para
el concurso de chistes o como
colaboración espontánea.

CUPÓN NÚM. 1

que deberá acompañar a cada
solución que se nos remita con
destino a los CONCURSOS

DE

BUEN HUMOR



¿Qué afeita mejor, la navaja ó la máquina?
Cualquiera de las dos, con tal
de jabonarse antes con

**EL JABÓN EN BARRAS
DE LA PERFUMERIA GAL**

Produce abundantísima y suave espuma que no se seca en la cara.

Barra 1.25



M A D R I D M O N U M E N T A L



Un madrileño que fué llevado a América en su tierna infancia y allí ha permanecido veinte años, acaba de regresar a la corte, deseoso de conocer al

dedillo su pueblo natal.

Se ha familiarizado con el plano, y se orienta perfectamente para encontrar nuestras calles y plazas; pero ahora le ha dado por ver las estatuas, que sólo conoce de nombre, y dice que está loco, porque no encuentra ninguna en su sitio.

Vió una tarde el rótulo de la calle de Isabel la Católica, y empezó a buscar su estatua, hasta que, cansado de hacerlo en vano, preguntó a un muchacho:

— ¿La estatua de Isabel la Católica?

— ¡Anda la órdiga! — le contestó el rapaz —. ¡Si ésa está en el Hipódromo!

— ¡Qué cosa tan rara! — se decía —. ¿Por qué habrán colocado a Isabel la Católica en el Hipódromo? Puede que haya sido porque está a caballo.

Otra mañana, al final de la carrera de San Jerónimo, vió el título de «Plaza de Cánovas», y en seguida se dirigió a ver de cerca el monumento, y se encontró con Neptuno.

— ¡Qué extraño capricho del artista, representar a Cánovas en la figura del rey de las aguas! ¿Será una alegoría de su protección a la Marina? ¿Se referirá a su origen por haber nacido en puerto de mar? ¡Es curioso! ¡Lindo no más!

Siguió Saló del Prado arriba, y vió el letrero: «Plaza de Castelar», y allí se encontró con la Cibeles.

— ¡Aguaita y mira! — exclamó —. ¡Esta si que es

buena! El tribuno convertido en tribuna, porque ésta es una dama en carroza abierta, como *La Viejecita*. Pero esto ¿qué es? — le preguntó a un guardia de Seguridad.

— ¿Estu?... ¡Qué ha de ser, hombre de Dios! ¡La Cibeles!...

— ¿Pues dónde está el monumento de Castelar?

— Donde siempre: en la fuente Castellana.

— ¡Yo creía que eso era una fuente tal y como...!

— Y lo sigue siendo; pero la fuente Castellana no está en la fuente Castellana.

— ¿Dónde, pues?

— En la plaza de la Alegría, que es, naturalmente, donde se despi-

den los entierros, para que usted me comprenda.

— ¿Y dónde está Colón?

— ¿Dónde va a estar? En la plaza de Colón.

— ¡Gracias a Dios que encuentro una en su sitio! Y la plaza de Colón estará al final de la calle del mismo nombre, ¿verdad?

— ¡Que se cree usted eso! La calle de Colón está en la de Fuenarral, y la plaza, todo derecho según vamos para la fuente Castellana.

Vió nuestro hombre la estatua del descubridor de América, y tomando la calle de Génova, desembocó en la plaza de Alonso Martínez, quedándose absorto ante la estatua de Quevedo.

— Pero ¡cómo se confunde uno con esto de la Historia! Hubiera yo jurado que este señor era contemporáneo de Sagasta, y ahora veo que Alonso Martínez floreció en la época de Felipe IV.

Pero ¡a qué cansarnos! Todos sus paseos le proporcionaron análogos decepciones, porque ni Quevedo estaba en su glorieta, ni Ponce de León en su plaza, ni Velázquez, ni Cervantes, ni Lope de Vega, ni Daoíz y Velarde, ni el teniente Ruiz en sus calles respectivas.

Entonces le referí yo lo que nos había pasado a unos amigos con un andaluz más embustero que Manolito Gázquez.

Ibamos a ir al teatro, y nos dijo que le esperaríamos un ratito, que volvería volando; pero su vuelo se prolongó hasta dos horas, pasadas las cuales apareció pidiéndonos mil perdones, porque le había entretenido el Tato,



Dib. SILENO. — Madrid.

a quien había tenido precisión de ver.

Vivía entonces el *Tato* en la calle de Espoz y Mina, 1, que fué donde le amputaron la pierna cuando su funesta cogida, y presumiendo nosotros que lo de la visita al *Tato* era una *trola* como un templo, empezamos a tomarle el pelo.

— Habrás ido — le decía uno — por la calle de Toledo.

— Sí — contestaba el andaluz —. ¿No es una que empieza en la plaza Mayor?

— Sí.

— Luego — le decía otro — te habrás metido por Puerta Cerrada.

— Sí. ¿No es una donde hay una cruz?

Y poco a poco le fuimos llevando al final de la calle de Segovia, y pensábamos continuar, cuando, percatándose de que iba por mal camino, se paró en seco y nos dijo:

— Por supuesto, que le he visto en casa de un amigo; porque si queréis ver al *Tato*, no vayáis a su casa, porque nunca está.

Pues eso le digo yo a usted, mi noble amigo. Si busca las estatuas de la villa y corte, no vaya a sus calles, porque jamás están allí.

CARLOS LUIS DE CUENCA.



Dib. MEL. — Cuatro Vientos.

— Hay que bombardear inmediatamente al enemigo.
— A la orden de usía, mi coronel. Voy volando

EN VOZ ALTA

LA PAZ DEL SENADO

Eso de que el Senado es un remanso en la turbulencia del parlamentarismo español, es verdad hasta cierto punto.

En el Senado, aunque muchos lo pongan en duda, ya no se duerme; y si se duerme, se duerme mucho menos que antes.

Lo que ocurre es que todos están acostumbrados a esos debates rabaneros del Congreso, y, con el gusto estético estragado, van luego a la Alta Cámara, y creen que todo el mundo está dormido porque las cosas se digan con serenidad, sin saber que no por eso pueden dejar de ser violentas.

Los que así juzgan, no saben lo que es una tormenta sorda, ni un mar de fondo.

Ya se sabe que los buenos oradores ingleses, en los debates de más sensación, hablan con gran serenidad, como aquí en nuestro Senado, sin dar gritos.

La edad avanzada y los terrenos hiperbóreos producen una frialdad parecida.

¿Y no es preferible decir con la misma entonación de un «Buenas tardes, ¿cómo sigue usted?», «¡Su señoría es un perfecto idiota!...», a decirlo mesándose los cabellos o tirando el bisoné al aire, según los casos?...

Pero, en fin, del Senado y del senador hay ya formada una idea de paz letárgica bastante consolidada, y no voy yo a pretender echarla abajo.



Recuerdo la primera vez que fui al Senado, a la tribuna de la Prensa, por menesteres del oficio. Cuando algún senador, que hacía uso de la palabra para un ruego breve, se extendía insensiblemente, cogía el presidente con suma discreción la campanilla, con dos dedos, por la punta del pequeño mango (con el diminutivo resultaría un manguito), y hacía que tintineara dos veces, tres a lo sumo.

Alguien decía:

— Es el primer aviso.

A pesar de esto, el abuelo de la Patria seguía divagando, pues muchos, para robustecer su defensa, se remontan «a la noche de los tiempos». Entonces, el presidente

insistía con el segundo toque, hasta que el orador terminaba. Después, pasaban todos a reunirse en secciones, es decir, a tomar chocolate.

Cuando aquel día se reanudó la sesión — y es lo que me interesaba contar —, ¡asombro de los periodistas!, las tribunas públicas, antes desiertas, estaban atiborradas de gente.

— ¡Señores, qué animación!...

— ¿Habrá hoy algún debate movido? — preguntó uno.

Y no. No era eso.

Era que aquel día en la plaza de Oriente hacía un frío espantoso.

Y en el Senado había una calefacción estupenda.

FRANCISCO DE TROYA.

LA BARAJA DEL AMOR

(Epistolario cómicoamoroso.)

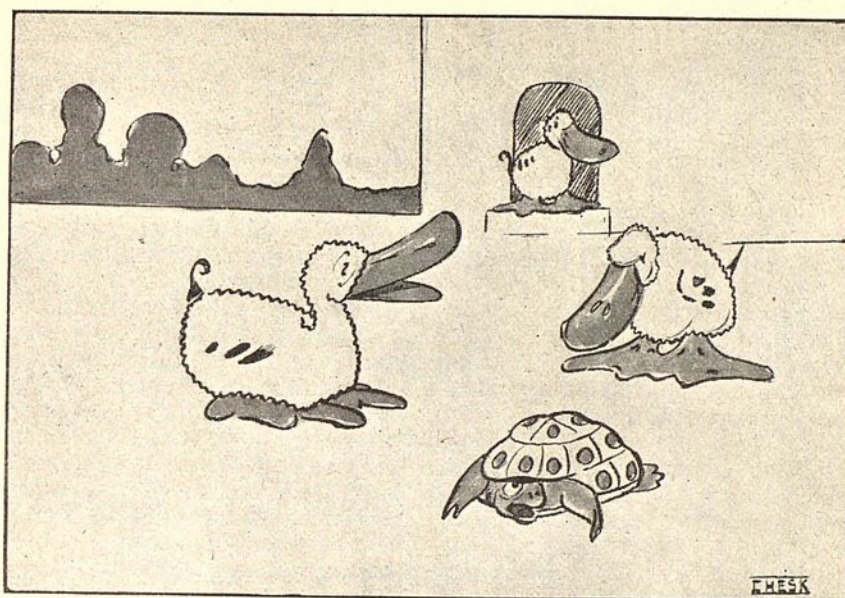
XXIX

Sr. D. Francisco N.

Le chocará a usted mucho que le escriba, siendo usted tan canalla, que no sólo no ha venido a verme, ni me ha mandado una razón con Rosario la Pipirola, que viene todas las mañanas a ver a su amiga la Chicuelista. No me diga usted que no sabía que venía esa mujer, porque ella misma me dijo *lo otro día*, en la comunicación ordinaria, que habían estado ustedes en Villa Rosa celebrando que usted, ¡so sinvergüenzal, había *ganado* (1) *un parló* (2) con su *tralla* (3) al entrar en los toros, y una *saña* (4) *cuajá* (5) de *sábanas* (6), *verdolagos* (7) y *cangrejos* (8). ¡En algo se tiene que conocer que eres el *rey* (9) ganando *pieles*! (10). ¡Dios quiera que no te eche los *bastes* (11) al cuello el *sardo* (12), aunque, en verdad, bien te lo mereces!...

Tú, digo usted, de juerga, oyendo cantar los fandanguillos del Akosno a Escacena, y yo repudiándome en el Quiñones-Palás (13). Te has olvidado que estoy aquí por *mechera* (14). ¿No recuerdas quién

(1) *Ganar*, tomar, afanar, robar. — (2) *Parlo*, reloj. — (3) *Tralla*, cadena. — (4) *Saña*, cartera. — (5) *Cuajá*, llena. — (6) *Sábanas*, billetes de mil pesetas. — (7) *Verdolagos*, billetes de diez duros. — (8) *Cangrejos*, billetes de cinco duros. — (9) *Rey*, el número uno. — (10) *Ganar pieles*, robar cartetas. — (11) *Bastes*, dedos. — (12) *Sardo*, sargento de la Guardia civil. — (13) *Quiñones-Palás*, cárcel de mujeres. — (14) *Mechera*, ladrona.



Dib. CHESCK. — Madrid.

EL HIJO. — ¡Qué caracol más grande, papá! ¿Se puede comer?
EL PADRE. — Sí. Vete a casa y tráete el abrelatas.

me enseñó a *mechar*? (1). Pues no olvides que cualquier día me vuelvo loca, me olvido de lo que te quiero, me pienso que estás *liao* en manzanilla oyendo a D. Antonio (2), y a Cayetano (3), y a la Niña (4), y a Montoya (5), y me *chivo* (6) y te *enchiquieran* (7) *de por vía* en el *estardó* (8).

Adiós, Paco. Dos cosas te pido: que me mandes una razón, si es que no te atreves tú a venir a verme por miedo a la *bofia* (9), y que si vas a Los Gabrieles o a Villa Rosa, vayas solo. Por tu madre, Frasquito, que no vayas con Anita la *Sidecar*, ni con Sagrario la *Cucurucho*, ni con Juana la *Sovietista*, y, sobre todo, Curro, que no te vean con la *Epicena*, que luego me ponen aquí la cabeza loca.

Como me canso de estar tantas horas mano sobre mano, me ha traído el *Nigromante* dos cortes de camisa que *choró* (10) el sábado, y te las estoy haciendo. Adiós, Paco; dile al *alivio* (11) que vea a don Pepe Varela para que haga cuanto pueda a fin de que el *barander* (12) admita la fianza.

(1) *Mechar*, robar en las tiendas de telas. — (2) *Don Antonio*, D. Antonio Chacón, famoso cantaor. — (3) *Cayetano*, el Niño de Cabra, famoso cantaor. — (4) *La Niña*, la Niña de los Peines, cantaora. — (5) *Montoya*, un tocaor de guitarra almadísimo. — (6) *Chivar*, denunciar. — (7) *Enchiquieran*, encerrar. — (8) *Estardó*, cárcel. — (9) *Bofia*, policía. — (10) *Chorar*, robar. — (11) *Alivio*, abogado. — (12) *Barander*, juez.

Adiós otra vez. Te mando diez pesetas *pa* que me compres unos *safos* (1) y me los mandes con Pepe el *Pulido*, que viene todas las tardes, pues el amigo de su hermana tiene mano con el director de Prisiones y le ha *dao* un permiso para comunicar a la hora que quiera con Antoñita la *Zarzamora*. Que no te se olvide comprarme los *safos*, que así yo les daré en los hocicos a todas estas *cotillas* que me calientan los cascos diciéndome que ya ni te acuerdas ni del santo de mi nombre.

¡Adiós, Paco!
Te idolatra tuya,

PEPITA LA «BANJULÍ» (2).

Por la goma y las tijeras,
que no saben firmar,

TORRES-ASENJO

Folkloristas de alpaca.

(1) *Safos*, pañuelos de mano. — (2) *Banjuli*, alabanciosa.

A LOS FOTÓGRAFOS Y AFICIONADOS

Por cada fotografía de asunto humorístico que se nos envíe y publiquemos, recibirá su autor la cantidad de quince pesetas.

EL SENSACIONAL SUCESO DEL PASEO DE LOS OCHO HILOS

RELATO COMPLETO DEL CRIMEN

La declaración de los asesinos.

Conforme indicábamos en nuestra última información, publicada en el pasado número, inmediatamente después de presos los dos criminales fueron interrogados por el juez, don Jenaro Bueno, y confesaron de plano su delito, con todos los detalles, explicación, argumento, versos y cantares que tiene la obra.

BUEN HUMOR, entusiasmado con su triunfo, que le colocaba a la cabeza de los demás periódicos, y en previsión de que el público arrebatase los ejemplares de las manos a los vendedores, tiró veinte mil números más; y hoy no habrá nadie que pueda negarnos que *los tiró*, porque es el caso que no los

compró la gente, y en casa los tenemos a disposición de los coleccionistas...

Pero lo que es indiscutible, innegable y fehaciente es que los criminales fueron prendidos en virtud de nuestras pesquisas y de la pista indicada por nosotros. Es decir, que las cerillas de cocina encontradas por nosotros en casa de Paca Merlo han servido *para prender* a los asesinos, por lo cual felicitamos a la Empresa del monopolio de fósforos, ya que hasta hoy nadie creía que las cajas de a cero cinco (ni las de a cero diez) sirvieran para prender absolutamente nada...

Nuestros lectores, como es lógico, habrán extrañado que los asesinos confesasen su crimen tan pronto. Hay una explicación.

El digno comisario don Restituto de la Iglesia, que fué la primera autoridad respetable ante quien se vieron los delincuentes, demostró tal habilidad y tan exquisito tacto al interrogarles, que los malvados hubieron de reconocer que, para quedar bien con La Iglesia, era preciso confesar...

Además, había otra razón. Inmediatamente después de ser detenidos, compareció espontáneamente para declarar un vecino de Paca Merlo, llamado Segismundo Guerra, y no hay ni qué decir que la declaración de Guerra fué fatal para los acusados, pues se vino en conocimiento de que eran los dos amigos íntimos de la cupletista, y que la habían visitado galantemente antes del parto, en el parto y después del parto.

Además, había todavía una tercera razón para que los dos infames cantasen, y era que los dos habían sido coristas en cierto teatro de ópera de Castellfullit; y es cosa sabida que un corista de ópera tiene una facilidad para cantar realmente asombrosa.

Aun se supo un nuevo e interesante detalle: Domingo Gordo, el criminal negro, había sido, después de corista, aguador en Tarragona, lo que nos obliga a afirmar rotundamente que había pasado del coro al caño...

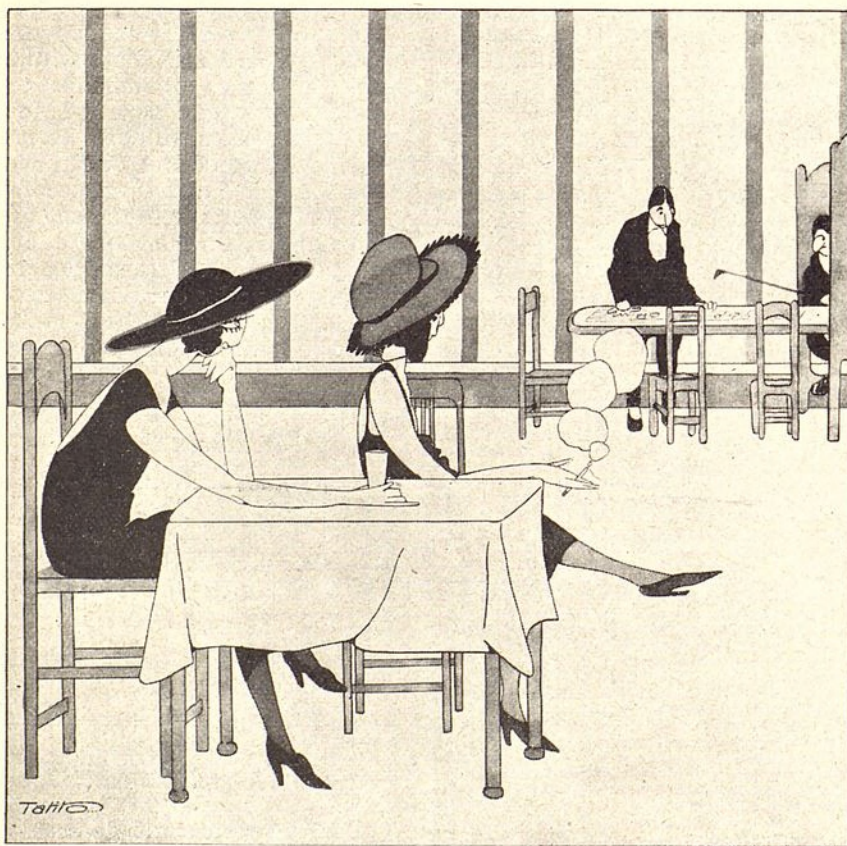
Al declarar él sobre este importante extremo, dijo que en Tarragona tenía que ir todos los días a la fuente para poder comer.

Esto revela que quería, con su declaración, hacer un lío a la justicia; pues a la fuente, según nuestra opinión, no se va para comer, sino para beber.

¡Ahora, que si la fuente es de patatas guisadas, la cosa varía!

Antecedentes del crimen.

Don Agustín Argüelles y doña Sol Pozas de Argüelles eran naturales ambos de Cacarajicara (isla de Cuba). Aunque ustedes hayan oído hablar de las bocas de la isla, hay que repetir aquí que el matrimonio era mudo, o como si dijéramos, que eran dos bocas de la isla;



Dib. TATITO. — Zaragoza.

— El que está ahora de turno es el novio de la Conchita, ¿verdad?
— ¡No, mujer, no! El de la Concha es el que apunta.

pero cerradas. Hoy día, y lo escribimos con acerbo dolor, son dos bocas cerradas por defunción, y no creemos necesario insistir sobre este punto.

Hemos dicho que eran naturales de Cacarajicara, y para no omitir ningún detalle debemos añadir que, acabados de nacer y en el período de la lactancia, fueron naturales y de pecho... Un detractor de sus respectivas madres, y seguramente enemigo de sus respectivos padres, propaló por toda Cuba que, además de naturales y de pecho, eran *ayudados*; pero nosotros no entendemos esta agudeza, y la pasamos por alto...

El padre de doña Sol y el papá de don Agustín tenían cada uno un ingenio enorme (¡qué envidia me da de estol...), y pensaron casar a los dos sordomuditos con la peregrina idea de reunir dos ingenios y ver qué salía de allí. Si nosotros hubiésemos sido amigos suyos, les habríamos demostrado que no siempre que se juntan dos ingenios sale algo que valga la pena; y ahí está para demostrarlo la colaboración de Paso y Abati...

El ingenio del señor Pozas (padre) estaba dedicado exclusivamente al azúcar de caña, y el ingenio del señor Argüelles (también padre) tenía fama como productor del cacao más notable de Cuba para hacer chocolate. El chocolate que se servía en Cacarajicara venía todo de casa de Argüelles, y el azúcar preferido era el de Pozas. Ni que decir tiene que las *Ventas* que ambos hacían de sus productos eran formidables, y que la *Prosperidad* de las dos casas, así como el *Progreso* de sus medios de explotación, iban en aumento, lo cual hizo temblar seriamente a varios fabricantes en gran escala de San Francisco, de la Florida y de otras importantes empresas manufactureras de las orillas del Pacífico... (¡No se quejarán ustedes del viajecito en tranvía con que les hemos obsequiado en el párrafo precedente, a pesar del aumento que han tenido las tarifas!...)

Plan de venganza.

Tenía la pequeña Sol unos cinco años, y el joven Agustín estaba a punto de apuntarse siete, cuando sintieron en lo más recóndito de sus almas el fuego del amor.



PRESENTACIÓN

Dib. PRAT. — Paris.

— En seguida se ve que es hijo de ustedes: los ojos son los mismos del padre, y el bigote es el de la madre...

Agustín, que desde que le bautizaron tenía el *gustín* en su nombre de pila, tuvo entonces el *gustazo* de verse adorado por Sol; y Sol tuvo la dicha de dar el *sí*, con lo cual se armó un pequeño lío musical que ni Wagner hubiese podido poner en claro.

Allí se incubó la tragedia que más tarde había de desenlazarse de manera tan horrible.

Ya sabrán ustedes que en todos los ingenios hay una multitud de trabajadores negros, que son preferidos a los blancos por varias razones: primera, porque salen más baratos; segunda, porque aunque les dé el sol no hacen daño a la vista (cosa que en Cuba, en virtud del calor que hace allí, se tiene muy en cuenta); tercera, porque son más valientes que los blancos, y eso está probado hasta la saciedad, porque estamos cansados de saber que un *blanco* suele ser un cobarde; y cuarta, porque son menos supersticiosos que los obreros de nuestra raza, y lo prueba el hecho de que a casi todos les persigue la *negra*, y en vez de ponerles de mal humor, les da un gusto tremendo.

Pues bien: el día que los papás de Sol y de Agustín se enteraron de

que sus hijos hablaban (a pesar de la mudez) y se *entendían* (no obstante la sordera), dieron rienda suelta a su regocijo y un día de asueto a todos los obreros en celebración del fausto acontecimiento que colmaba sus esperanzas. Y como complemento, organizaron un banquete de trabajadores blancos y una merienda de negros, en la cual figuraron, como platos propios de la índole de los comensales: calamares en su tinta, trufas, aceitunas (negras, claro!), jamón ahumado y café puro con azúcar morena. Este *menu* obscurísimo, que quizás a ustedes no les haga gracia, aunque es indiscutible que tiene la mar de *sombra*, produjo en los invitados unos efectos estomacales verdaderamente catastróficos; pero un negrito de doce años (el Domingo Gordo que ya conocemos) fué la víctima que más sufrió, pues agarró para él solo un *asiento* tan aterrador que, con decir que no se pudo poner de pie hasta el día que cumplió veintidós años, hemos dicho lo bastante.

Claro es que el negro fulminó una amenaza de venganza fiera y formidable, jurando que, en justa correspondencia, el asiento que él

guardaba para el futuro matrimonio iba a ser a la diestra de Dios Padre.

El asesinato.

Domingo Gordo vino a España siguiendo a los sordomudos cuando éstos realizaron sus bienes y trasladaron su residencia a Madrid.

Ya hemos dicho que fué corista y aguador, dedicándose con placer a este último oficio, porque, como hijo de La Habana, le parecía lógico que los aguadores fuesen de Cuba.

En sus tiempos de corista conoció a Olegario Mata (el otro acusado), y don Olegario (que era un gorrón) vivió largo tiempo con el dinero del Gordo, noticia que se hizo pública en toda España en el pasado sorteo de Navidad...

Ultimamente, Domingo entró a formar parte del *jazz-band* del teatro Barbieri, donde a la sazón actuaba Paca Merlo, y una noche vió con emoción que don Agustín Argüelles entraba en un palco con dos amigos y una *curda*, y que empezaba a hacerse señas (algo indecorosas por cierto) con Paca, la cual, mientras cantaba, demostraba cierto embarazo, cosa que hoy, en presencia del niño que acaba de nacer, no habrá nadie que niegue que era cierta.

El negro, consecuente con su

plan de venganza, organizó una emboscada engañando a Olegario y a Paca, a los que dijo que se trataba de asesinar a doña Sol y a don Agustín para robarles, cuando él sólo proyectaba cobrarse el asiento que por ellos había padecido.

Y de este modo, la realización del crimen fué coser y cantar. Paca Merlo se dejó querer por el mudo y aceptó una cita, de noche y a la puerta de la casa del paseo de los Ocho Hilos; y en el momento en que don Agustín abría la verja se encontró, en lugar de la Merlo, con el Gordo y con el Mata, cada uno de los cuales esgrimía una piedra más dura que la cabeza de Unamuno.

La muerte fué instantánea, pues los asesinos han declarado que don Agustín murió del susto; y entonces Domingo, indignado porque el mudo se había adelantado a sus deseos, dijo furioso:

— ¡Es para machacarle la cabeza! Y se la machacó.

Acto seguido, Mata (ilusionado por el dinero que iba a coger si el negro daba el segundo golpe) levantó el muerto, y sin temor alguno le trasladó a su habitación.

Renunciamos a describir la muerte de doña Sol que, como su infeliz esposo, falleció de mal de piedra...; pero debemos hacer constar que el negro no quiso llevarse un céntimo

de la casa, por lo cual mantuvo un altercado con Olegario, que terminó dándole tres bofetadas y cincuenta reales de su bolsillo particular, para que no pudiese decir que había trabajado de balde.

Mata se conformó, diciendo:

— ¡Menos da una piedra!...

Opinión que creemos no compartirán los sordomudos, que saben, por dolorosa experiencia, que una piedra da de firme, si hay quien la maneje bien...

Los asesinos, en libertad.

Sí, señores. Domingo Gordo y Olegario Mata han sido puestos en libertad, según el juez, por no resultar cargo ninguno contra ellos.

Los extremos en que don Jenaro Bueno fundamenta su resolución son los siguientes:

Don Agustín Argüelles murió del susto, según afirmación concreta de los acusados, de cuya palabra honrada no cabe dudar.

Doña Sol Pozas es indudable que, contra todo lo que se diga, falleció del disgusto de verse viuda de modo tan repentino y sin haber recibido un aviso previo, o por lo menos, aunque no fuese más que la esquila de defunción.

El uso de los dos adoquines que cogieron los detenidos no envuelve culpabilidad, por que ha habido concejales que han cogido varios miles de ellos y nadie les ha dicho nada.

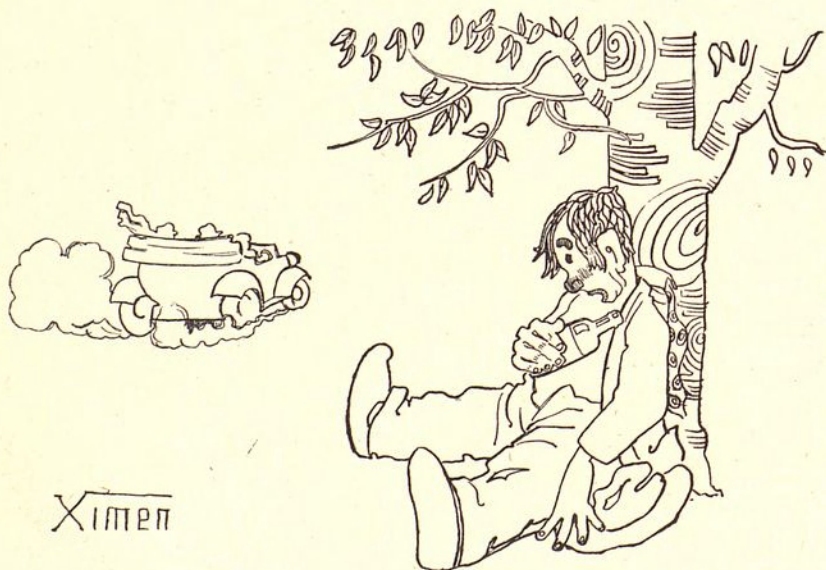
No ha habido robo, pues está demostrado que ni Gordo ni Mata cogieron una perra... ¡El único personaje de esta tragedia que ha cogido varias *perras* estos días es el niño de Paca Merlo..., y a ése le exime la edad de responsabilidad criminal!

Y, finalmente, la muerte del matrimonio cubano trae, como consecuencia beneficiosa para Madrid, el que desde hoy hay un cuarto desalquilado, lo que tiende a mejorar visiblemente el trágico problema de la vivienda...

Por nuestra parte, hemos de hacer constar que no habíamos puesto en duda que el juez era Bueno; pero tan bueno no le hubiéramos creído jamás.

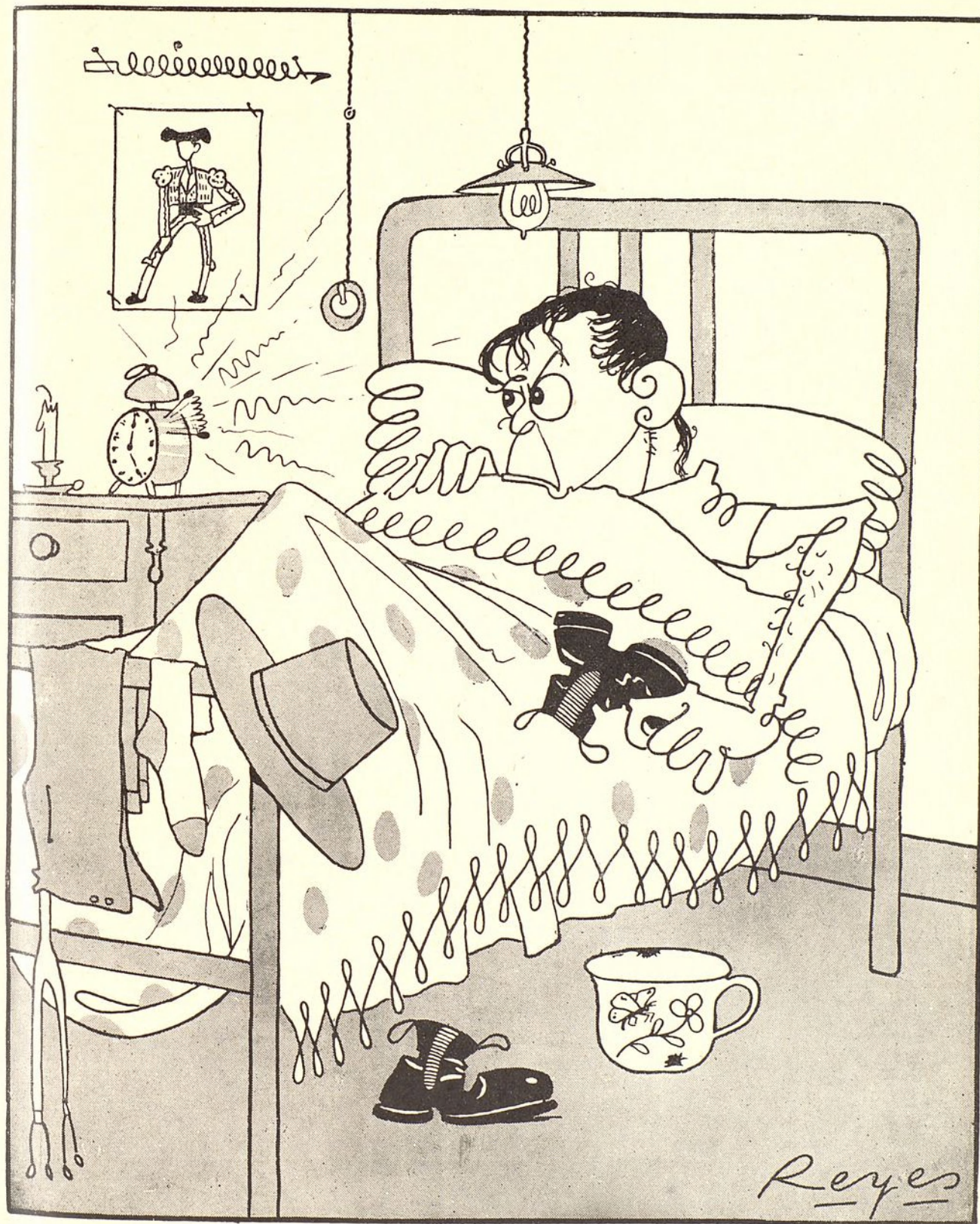
¡Enhorabuena, señores Mata y Gordo..., y a otra!

Por la información,
ERNESTO POLO



Dib. XIMEN. — Málaga.

— ¡Parece mentira que con dos pesetas de gasolina vaya esa gente tan corriendo, y que yo, con dos duros de alcohol, no pueda moverme de este sitio!...



LOS SUEÑOS DE UN MALETA

— ¡Ladrón!... ¡Cuando me iban a dar la oreja!...

Dib. REYES. — Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

LAS COSAS DE LOS TEATROS

"LA HORA MALA"

NOSOTROS habíamos oído hablar — y perdonen ustedes — del *mal cuarto de hora*. Esos célebres quince minutos eran algo así como una absolución popular para todos los grandes pecados, y particularmente para los extravíos femeninos.

Los hombres que iban a presidio, las mujeres que iban a la Maternidad, todos ellos eran víctimas del breve y funesto espacio de tiempo en el que se cometía la barrabasada

gruesa... El *mal cuarto de hora*. Pero el Sr. Arniches creyó, hace algunos días, que los quince minutos eran poco para hacer las cosas cabales. Y amplió el plazo: le aumentó tres cuartos de hora, para que todo resultase cumplidamente.

El ilustre sainetero estrenó *La hora mala* en el teatro de Eslava. De cómo pueda ser la comedia, ello mismo — el título — lo dice. Sería indiscreto volver sobre el propio criterio del autor.

Ahora bien: todas las cosas, incluso *la hora mala*, tienen arreglo en el cronómetro de la vida. Un punto de contrición..., etc., etc.

Y así como en la obra del señor Arniches la Providencia adelanta el reloj, y nada grave ocurre, puede muy bien suceder que, si el sainetero se da cuenta de la calidad de un cuarto de hora ampliado, y también recurre a la Providencia, el asunto no llegue a mayores. Se extrena otra vez, y en paz.

Es proverbial que el tiempo pasa en seguida. Tras una hora que no es buena, pueden venir días magníficos.

Esperemos a que cambie el tiempo...

Nosotros, entretanto, le absolvemos también de su *cuarto de hora*, y aun de sus *cuatro cuartos de hora*... malos, desde luego.

UN ESTRENO

La ociosidad es «a veces» madre de «casi» todos los vicios. Esto afirma, con sus correspondientes salvedades, el Sr. Fosch, autor de una comedia titulada *Su Eminencia*, y que se estrenó no ha mucho en el teatro de la Corredera baja de San Pablo.

Nosotros no podemos por menos de estar conformes con lo que asegura el Sr. Fosch: la ociosidad nos lleva a límites realmente censurables.

Un hombre que labora en cosas serias, que fabrica productos necesarios para la vida, no cae en determinados vicios, tales como los de escribir comedias.

Por el contrario, un hombre que nada tiene que hacer, se aburre mucho, imagina las más extrañas combinaciones para perder el tiempo, y hasta construye literatura dramática.

Viene a ser un propagandista del tedio, con todas las probabilidades de triunfar en su empeño. O séase algo de lo que piensa el público que va a ver *Su Eminencia*.

Nosotros, después de la noche del estreno en Lara, salimos a la calle pensando en que el Sr. Fosch es un desocupado, un hombre que siente un horror instintivo hacia el trabajo.

De tal forma es así, que no se molesta ni aun en ir al teatro, ni en leer las obras que escriben otros señores. Si el Sr. Fosch se hubiese



Dib. CABANES.

Catalina Bárcena en *La hora mala*, obra estrenada en Eslava con motivo de su beneficio.

decidido a conocer lo que en la actualidad se estrena por esos escenarios, es seguro que no hubiera llegado a producir *Su Eminencia*.

No es ya costumbre decir de la muchacha enamorada de un hombre rico que «es la mariposa que va a quemar sus alas y a perecer en la llama de lo imposible».

Tampoco se suele elogiar a un hombre laborioso y de condición humilde afirmando que «es pobre, pero honrado».

En una palabra: que ni el lenguaje vulgar macarrónico de las gentes de hoy, ni el tópico de otros siglos, se deben llevar a la escena...

Pero no se apure por ello el señor Fosch: todos estos males son consecuencia de la ociosidad.

Con el trabajo se logra «a veces» casi todo.

Aunque es preciso no olvidar que si Shakespeare llega a ser un adokin, no habría pasado a la posteridad. Aunque hubiese trabajado como un negro...

DE ACTUALIDAD

No queremos hacer bromas con cosas tan fundamentalmente serias como la muerte. Somos respetuosos con el dolor y nos detenemos ante la tragedia real...

Empero se nos ocurre hacer la pregunta que sigue:

— ¿Cuántas artistas enlutadas desfilaron el domingo pasado por la capilla de la plaza de toros?

Ya saben ustedes que fué un tema que se puso de moda en no lejana ocasión y con motivo de un triste suceso, muy parecido al de ahora.



Se anuncia en el Cómico el estreno de una obra titulada *El secreto*, de la que es autor el Sr. Contreras y Camargo.

No conocemos la nueva producción en el instante de escribir las presentes líneas; pero nos aseguran que la obra se hará pronto popular.

No nos extraña. ¿Conocen ustedes algo que se difunda tan pronto como el secreto?

Lo malo de ello — y sinceramente lo lamentaríamos — es que *El secreto* resulta «a voces» y ¡a veces!...

José L. MAYRAL.



Del Real a la Latina, pasando por Fuencarral.

(Chismorreos, chirigoteos, algo de información y su poquito de gualicheo.)

— ¡Berúlez!

— ¡Loro de mi vida! ¿Qué ha sido de la tuya?

— Un vodevil, chico. Si edito mis aventuras, me orifico.

— Cuenta, cuenta, cuenta.

— Una dos...

— ¡Animal!

— ¡Qué no es chiste, Berúlez! Digo que una dosis mínima de mi relato ocuparía doble espacio del que dedicamos al gualicheo. Te prometo el total cuando esté más tranquilo.

— Entonces, ¿no habrás ido por los teatros?...

— ¡Calla, hombre! Si de ahí arranca mi desdicha.

— ¿Sí?

— Como lo oyes, Berúlez. Figúrate que la semana pasada, buscando detalles para amenizar el gualicheo, me metí en el escenario de Lara durante el estreno de *Su Eminencia*. Había comenzado ya y me situé en la primera caja, junto a un señor obeso y corto de talla que lucía un avellanado guardapolvo. «Será el traspunte», me dije; y tras un leve saludo afectuoso, le pregunté: «¿Qué tal es esto?» El enguardapolvado caballero me miró sonriente, y con un *asiento* que sonaba a *munchetas* desde una legua, respondióme: «Esto ¿eh?... Ya va a verlo vostet. Dende la creación de Los Intereses, de an Benavente, no se ha cunosido altra cosa.» En esto estalló en el teatro una carcajada como un cañonazo. «¡Ah! ¿Es una obra cómica?», interrogué. «No, senyor. Es una cumedia dremática.» «Entonces, ¿por qué se ríen.» «¡Vaya vostet a saberlo.» «No, señor; vaya usted, que para eso es el traspunte...» «¡Yo no soy el traspunte, rebutifarra!» «Entonces, ¿qué hace usted con ese guardapolvo?» «Asperar que me llamen los asmiradores, caballero. ¡Yo soy el autor!» ¡No me lo había terminado de decir el Guimerá de la Corredera, cuando ya estaba yo en Antón Martín! Y es que la plancha fué como

para las olimpiadas de Amberes... ¿A quién se le ocurre salir a esperar un éxito con guardapolvo? Eso se queda para salir a esperar los reyes magos...

— Mucha verdad.

— ¡Naturalmente!...

— Y por los demás teatros, ¿qué hay?

— Agonizan, muchacho. El *début* de S. A. *el Calor*, precipita el final de la temporada. No así los cines.

— ¿Qué hay por los cines?

— Pues, además del obscurantismo, hay unos programitas que se las traen. Repara: Real Cinema: *El puente de los suspiros*.

— Lo de los suspiros es verdad.

— Príncipe Alfonso: *Hagan fuego*.

— Sí, señor. Que yo estuve el lunes, y salí echando chispas...

— Cinema España: *El error de un padre*.

— Llevar sus hijos al cine, «el error de un padre».

— ¿Y nada más?

— Nada más, Berúlez. Si te parece, lo dejamos.

— ¡Ah! Pero ¿te vas a ir sin darme ninguna noticia sensacional?

— ¿Te hace mucha falta?

— ¡Naturalmente! Esta sección debe llevar siempre una noticia sensacional.

— Chico, yo no quería...

— Luego ¿puedes darme alguna?

— Hombre, como poder..., sí puedo.

— Pues venga, venga pronto.

— ¡Ahí va! Puedes decir...

— ¿El qué?...

— Puedes decir que Ortas no volvera a trabajar en Madrid. Se ha asociado con Galleguito y Videgain para formar una cuadrilla de toreros bufos.

— ¡Agua!

— Puedes decir que la Bárcena se pasa a las *variétés*.

— ¡Azúcar!

— Oye, ¿por qué no pides un refresco, y ganarás tiempo.

— Es que esos noticiones me han dejado extraplano...

— Pues dalos, dalos...

— Pero ¿son verdad?...

— ¡Hombre, verdad no son; pero lo que es sensacionales!...

EL LORO DEL RIN



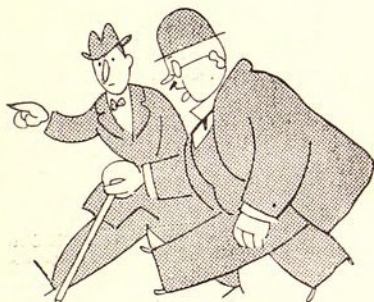
NO VALE CONFUNDIR

«Una cosa son las garantías, y otra la cuerda; o lo que es lo mismo, no vale confundir la gimnasia con la magnesia.»

(SÉNECA.)

DON Fulgencio era un hombre grave y metódico en toda la extensión de la palabra. No salía ninguna de su *amplia* boca que no fuese muy *pesa-da* y medida. En las comidas parco, en las bebidas breve, y en las dormidas (valga la metáfora) poco excesivo.

Doblaba al acostarse los calcetines, y cuentan que hasta la raya conservaba en los pantalones de



pana. Lo que no he podido averiguar ha sido cuál de las muchas que la pana tiene. Pero vamos al caso, una vez *fotografiado* el tipo.

Don Fulgencio necesitaba un reloj; pero no un reloj vulgar al alcance de cualquier mortal. Tenía que ser uno que ni adelantase ni atrasara, que diese las horas con sonora campanada, y, a ser posible, que también diese los cuartos. Ni grande ni chico: de tamaño *natural*, como decía nuestro hombre en tono grave y sentencioso.

— Fulgencio, ¿cuándo compras el reloj? — decía la señora —. ¡Mira que no consigo tener la sopa a tiempo!

— Papá — preguntaba su hijo —, ¿por qué no compras el reloj? ¡Que siempre llego tarde a la oficina!

— Calma, mucha calma; no es asunto tan fácil la adquisición de un *horario*.



Y se quedaba tan tranquilo.

Pero como todo llega, todo menos la unión total de los liberales? (aunque otra cosa crea Alhucemas), el día llegó.

Salieron padre e hijo una mañana, y no quedó relojería por visitar. En ninguna conseguían encontrar lo que buscaban. Al fin, en la trescientas veinticinco de las visitadas, surgió el reloj.

Una preciosidad de aparato, y, además, ¡oh felicidad!, garantizado por dos años, cosa que a don Fulgencio le pareció el complemento de la felicidad.

En un coche de punto, sobre sus rodillas y cuidadosamente embaldado, se verificó el transporte, y su llegada al domicilio produjo otros



infinitos transportes; ahora bien: éstos de alegría.

Después de cubicar la habitación, medir el ancho de las paredes, averiguar el sitio de menos humedad, aquel donde el vecino no pudiera golpear, y buscar el centro de gravedad por medio de una perpendicular, el reloj quedó colocado encima del trinchero.

Pasaron dos, tres días, y el reloj seguía majestuosamente, haciendo



lo que todos sus hermanos: tic tac..., etc., etc. (esto no lo hacen los relojes; pero no es cosa de seguir escribiendo tic tac hasta la eternidad). Al llegar el octavo día inició un ligero atraso; a la noche se paró.

— ¡Horror! ¡El reloj está parado! — dijo don Fulgencio al ir a comer.

Su hijo pretendía lo que pretenden todos los mortales, arreglarlo, y hasta intentó introducir un tenedor en su maquinaria; pero don Fulgencio, con un ademán majestuoso (qué iba a adoptar tan grave continente el padre de Felipe II en Yuste), dijo solemnemente:

— ¡Quietos! ¡No tocar! ¡Peligro de muerte! ¡No es un reloj garantizado? Pues la garantía me salvará si, como presumo, he sido villanamente estafado. Mañana será oído en la relojería.

Después de una noche de insomnio (el caso no era para menos), a la siguiente

mañana don Fulgencio envolvió nuevamente el reloj, y llamando a su hijo, le dijo así:

— Mira, es necesario que me acompañes para hacer la debida reclamación, puesto que en su adquisición tú me acompañaste.

Llegaron a la relojería, y el mismo dependiente que días antes les había servido, se acercó rápido y sonriente, diciéndoles:

— Qué, vienen ustedes a darme las gracias por lo bien que marcha ese cronómetro, ¿verdad?

— ¡Señor mío! — contestó gravemente don Fulgencio —. Usted me dijo que el reloj estaba garantizado por dos años, ¿no es cierto? Pues se ha burlado usted de mí. ¡El reloj se ha parado!

Destapado cuidadosamente, fué examinado por el artífice. Todo normal, sin señales de haber sufrido golpe alguno. Un poco asombrado el relojero, probó a darle cuerda, y viendo que carecía totalmente de ella, terminó de dársela. El reloj principió a funcionar nuevamente, y entonces, con un gesto más majestuoso si cabe que el empleado por don Fulgencio, dijo el relojero:

— ¡Señor mío! Sepa usted que algunos relojes garantizados por dos años, como los que están sin garantizar, para andar necesitan que se les dé cuerda cada ocho días.

J. ROBLEDANO

Ilustraciones del mismo.



Dib. URIBE. — Madrid.

— ¡Qué original es Enrique!... ¡Me ha dicho unas cosas que no había oído nunca!...

— Te habrá dicho que se quiere casar contigo...

¡A MÍ NO ME LA DAS!

Por JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Diputadín que juras
que por tus electores
de Valdezancadilla
te sacrificarás...,
¡a mí no me la das!

Edil que en serio afirmas
que pronto por las calles
no habrá tierra en montones,
ni zanjás además...,
¡a mí no me la das!

Alcalde que aseguras
que ya no habrá mendigos,
ni pan falto de peso,
ni apuros con el gas...,
¡a mí no me la das!

Honrado comerciante
que ofreces que muy pronto
del queso y de los dulces
los precios bajarás...,
¡a mí no me la das!

Ardiente Inés, que dices
que al cine vas con Paco
tan sólo por las cintas
de Fatty o Barrabás...,
¡a mí no me la das!

Autor iluso que andas
diciendo que tus obras
en veinte coliseos
muy pronto estrenarás...,
¡a mí no me la das!

Pillín que en casa tienes
a tu doncella Pura,
y dices que hace frío,
y en casa siempre estás...,
¡a mí no me la das!

Ministro archioptimista
que al transmitir tus notas
la coba das a Pepe
y a Cándido y a Blas...,
¡a mí no me la das!

Hermosa que aseguras
que sólo con el sueldo
mezquino de tu esposo
tan bien vestida vas...,
¡a mí no me la das!

Morito que, diciendo
«de España estar amigo»,
prometes con zalemas
que no nos chincharás...,
¡a mí no me la das!

Artista sin contrata
que en tal cual beneficio
por aliviar al pobre
trabajas *nada más*...,
¡a mí no me la das!

Cascabelera musa
que, si te llamo, acudes,
¿por qué no me das gracia?
A cien se la darás...
¡¡A mí no me la das!!...

CAÑO LIBRE



El día 1 de mayo — y perdón por el retraso de la noticia; pero más vale tarde que nunca — se verificó la manifestación obrera que pudiéramos llamar reglamentaria. Y, como de costumbre, los comisionados entregaron en la Presidencia del Consejo las conclusiones acordadas por la Unión General de Trabajadores.

Por cierto, y esto es lo chocante, que no son exactamente las mismas fijadas en la convocatoria.

Todavía puede comprobarse por los cartelones pegados en las esquinas, que una de las cosas más importantes que se habían de reclamar a los Poderes públicos era la rápida publicación de disposi-

ciones eficaces para lograr el abaratamiento de las subsistencias. Y, según los informes oficiales, esa petición no figuró entre las presentadas al Gobierno.

¿Qué pasó para que la suprimieran los organizadores?

¿Por qué insistieron en que se socorriera a los hambrientos rusos, y dejaron adrede a un lado a los hambrientos españoles?

¿Es que se convencieron a última hora de que era inútil pedir peras al olmo?

¿Es que sabe por experiencia el proletariado que ponerse enfrente de los abastecedores es ponerse en ridículo?



Sea por lo que quiera, más vale que esa *conclusión* haya desaparecido a tiempo del programa, porque, en caso contrario, el desaire

hecho a los peticionarios por las clases directoras, a pesar de las buenas palabras del Sr. Marfil, hubiera sido de los de mayor cuantía.

Efectivamente: no se había disuelto aún la cola de la manifestación, ni se había extinguido el rumor de la pelea con los jóvenes secuaces del comunismo, cuando en el Congreso de los Diputados, una abrumadora mayoría de doscientos representantes de la Patria decidía el cierre de las fronteras para los trigos extranjeros y el consiguiente encarecimiento del pan, o por lo menos la continuación indefinida de los altos precios actuales.

Como se había pedido el *quorum*, acudieron a tomar parte en la votación hasta los señores que, después de obtener el acta, no se molestan en asistir a las sesiones por nada ni por nadie, y de ese modo se demostró, con una solemnidad des acostumbrada, que la voluntad soberana del Congreso ordenaba que el pan no pudiera abarataarse de ninguna manera.

De modo que si la Unión General de Trabajadores hubiera insistido en su pretensión, la repulsa equivaldría a una provocación, y el conflicto entre los dos Poderes hubiera tenido que ser espantoso.

Porque cualquiera se habría figurado que los diputados querían decir a los obreros:

— Vosotros pasead por donde os dé la gana, llevando cuantas banderas y estandartes quisieréis; que nosotros, en nuestro rincón, nos alegramos mucho de que os siente bien la caminata, mientras estamos a lo que estamos...

Por eso los organizadores dieron pruebas de perspicacia, previsión y prudencia al suprimir la base.



El telegrafista Sr. Monserrat, que presta servicio en Reus, ha sufrido una equivocación que le va a costar cara. Mejor dicho, le ha costado ya, porque el ministro del ramo le ha suspendido de empleo y sueldo, y esas suspensiones se sabe cuándo empiezan, pero no se sabe cuándo acaban.

La equivocación del Sr. Monserrat ha consistido en creer que todos somos iguales, y que, gracias al triunfo de los ideales democráticos, se han acabado las castas, los privilegios y las prerrogativas.

Ahora ya estará convencido de



— ¿Y solamente vives de la escopeta?
— Sí, chico; con ella voy tirando...

Dib. LINAGE. — Madrid.

que no hay tales carneros; aunque lo que menos podía él imaginarse es que el encargado de sacarle de su error y de pedir el castigo correspondiente fuera un diputado republicano, partidario de la *liberté*, la *égalité* y la *fraternité*...; pero no por su casa.

Es muy chocante esto de que, por regla general, los hombres de ideas avanzadas, que opinan que no debe haber clases ni categorías ante el derecho, sean los más celosos defensores de sus propias distinciones, inmunidades y preeminencias.

¡Y hay para escamarse de la sinceridad de sus opiniones!...



Lo ocurrido fué lo siguiente:

El Sr. Nogués, republicano hasta la medula, habló en favor de la Mancomunidad catalana en la cuestión de los teléfonos; el Sr. Monserrat, indignado, dirigió al señor Nogués un telegrama diciendo no sé qué de mancomuneros separatistas; el Sr. Nogués declaró en la Cámara que era intolerable aquella coacción (!) ejercida sobre un diputado de la nación por un funcionario público, y el Gobierno, fiel guardador del fuero parlamentario del Sr. Nogués, decretó la cesantía del empleado. Todo como una seda.

El Sr. Monserrat pudo dirigirme a mí un telegrama parecido y no le hubiera pasado nada; se lo dirigió al Sr. Nogués, y le ha caído el gordo. Lo que prueba que yo, mientras no sea diputado, no puedo disfrutar de las ventajas que usufructúa el Sr. Nogués en el pícaro mundo, y por eso no tengo demasiado interés en que se proclame la República; porque mientras haya un hombre, uno solo, que tenga privilegios, sea por lo que sea, la forma de Gobierno me es tan indiferente como a D. Melquiades.



Ahora salimos con que el presupuesto del monumento a Cervantes asciende a diez millones de pesetas.

Que es lo mismo que decir que Cervantes no tendrá nunca monumento.

Porque, por lo visto, se han propuesto que sea de pórfido y ágata, con adornitos de brillantes.

¡Cristo Dios! ¡Diez millones de pesetas!

SINESIO DELGADO.



BUSCANDO COLOCACIÓN

Dib. GARRÁN. — Aranjuez.

— Pues... me salí de aquella casa porque la señora sorprendió al señor besándose.

— Que se quede, mujer. ¡Parece buena chica!...



DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

Los inconvenientes del rascacielos desde el punto de vista de un trasnochador.

Decididamente vamos camino del rascacielos. Esto no puede menos de intranquilizarme. He visto ya en las calles céntricas casas de nueve y diez pisos. Claro es que aquí no se edificará el rascacielos como elemento estético ni necesario. Habrá rascacielos; pero los edificará un señor que, en vez de cobrar la renta de siete pisos, cobrará la de veinticuatro, importándosele un comino la higiene y la salubridad públicas.

Claro es que hay una ley que prohíbe que las casas tengan una

altura mucho mayor que la anchura de las calles. Pero también es verdad que este es el país donde las leyes no se cumplen cuando pueden molestar los intereses del ciudadano. Además, en Nueva York, en Broadway, en la Quinta Avenida, ¿se conserva acaso esta proporción? ¿No se ve, en calles estrechas, casas altísimas? ¡Ah! El solo ejemplo de que en una ciudad extranjera, de la importancia de Nueva York, no se cumple ninguna ley de esta índole, sencillamente porque no la hay, será bastante para que los felices hombres que edifican eleven sus quejas a los altos poderes y todo se arregle a su gusto.

Lo extraño es que el pueblo español no rechazará el rascacielos, tan distante de su espíritu; y, aun más, de seguir esta afición por todo lo americano, lo prefiera a las casas bajas, tan castizamente latinas, como prefiere a la música y a los bailes nacionales, las dislocadas piruetas del jazz-band.

Pocos casos se han dado de influencia tan definitiva de un país sobre otro. Sobre todo de un país, desde el punto de vista artístico, literario y arquitectónico, tan positivamente inferior a nosotros. De esta importación se han encargado gentes de mal gusto, y la han admitido, y hasta la difunden, gentes de peor gusto todavía.

¿No hemos visto gente mascando goma? ¿Puede darse mayor prostitución del paladar, existiendo bombones tan deliciosos en casa de Prast o de Martinho? ¿No vemos correr por esas calles, y atropellar cristianos, un aparato tan estúpido y molesto como la motocicleta? ¿No asiste ya gente a los *matches* de bo-xeo? Entonces, habiendo tanta nota de mal gusto, ¿podremos extrañarnos de la aparición del rascacielos y de que nuestros empleados trabajen en mangas de camisa y con una visera de caucho?

Y si a los sentidos, y a la Higiene, y a la Estética molesta el rascacielos, a nadie más molesta que a los trasnochadores.

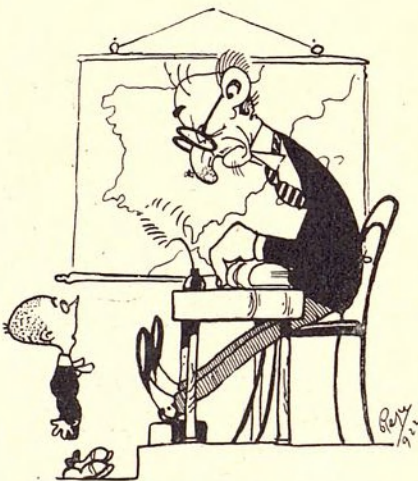
A menos que se cosmopolitice el régimen tiránico de los porteros.

Ahora, a las once se cierran las puertas de las casas. Se apagan las luces y el ascensor no funciona. Ahora, aunque molestísimo, es soportable. Pero consideremos un señor que viva en un piso treinta y siete y que llegue a su casa a las doce de la noche, no más que a las doce. Yo aseguro formalmente que no llega a su piso. Sube normalmente hasta el noveno. De ahí en adelante, sus manos, crispadas, cogen fuertemente la barandilla y asciende a fuerza de músculos. En el piso diez y seis ya está con la lengua fuera. Puedo afirmar que no pasa del piso veintitrés. Las piernas le han temblado. El cuerpo, después de oscilar unos momentos, ha caído pesadamente. Por la mañana, la portera y los individuos de la familia le recogen amorosamente del descansillo.

Pero supongamos, que ya es suponer, que ha hecho la gimnasia

suficiente, o que es un aplaudido *globe-trotter*. El sereno no podrá darle un exiguo trocito de cera para tantísimos escalones. Lo menos necesitaría una vela de a libra para cada individuo. Y esto significaría la ruina del honorable cuerpo de serenitos...

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.



Dib. PEPE. — Ávila.

— ¿Crees tú que se cría algún árbol en el Polo Norte?

— Sí, señor; una especie de limonero.

— ¿Cuál?

— La que da el limón helao.

TITIRIMUNDILLO

«Un condenado a tres cadenas perpetuas.»

¡Cielos! ¿Cómo va a cumplir la segunda y la tercera? Porque la primera, como es perpetua, no se le acabará nunca.

Un viudo llora amargamente, y un amigo le consuela.

— No puedo — dice el viudo — acostumbrarme a la idea de que he perdido a ese ángel. ¡Ya ve usted! ¡Treinta años de emborracharnos todas las noches juntos!... ¿Cómo quiere usted que yo me emborrache solo?

«Estamos sobre un volcán.»

Mejor; así estaremos más limpios. Porque el volcán, ya se sabe: lava.

ROMANCERO POPULAR

BATURRADA

Entró un baturro a cobrar una cuenta de su dueño; entregáronle en billetes fuerte suma de dinero, y al regresar hacia casa, se paró, se rascó el belfo, se introdujo en un portal, se puso en cucullas luego, y sin andar con pamplinas de vergüenzas ni de miedos, uno por uno fué dando los billetes contra el suelo.

En esta muda faena le contemplaba el portero, abriendo un palmo de boca y unos ojazos inmensos, cuando exclamó el buen *matraco*:

— ¡Pues me *paice* que la *hi* hecho, porque esto no suena a plata!

— Pero, hombre, ¿qué está *usté* haciendo? ¿Sonar billetes de Banco?

— ¡Otral *Pa* ver si son *güenos*.

¡LOS HAY FRESCOS!...

El marido se pone su flexible, se embute en su flamante gabardina, y le dice a su cónyuge: — ¡Hasta luego! Voy a afeitarme, y volveré en seguida.

Pasan dos y tres horas. Pasan cuatro. Pasa una noche. Y cinco. Y siete días. Y al cabo de un mes justo, vuelve a casa con gesto altivo y cínica sonrisa.

— ¿Cómo has tardado tanto en afeitarte?

— le pregunta su esposa echando chispas.

— Pues hija..., porque había mucha gente en la peluquería.

LA MUERTE DE CÉSAR

Nicasio Pérez del Monte es un pedazo de bárbaro de lo más bruto que habita en este globo terráqueo.

El solito ha hecho más bajas que el cólera morbo asiático, sirviéndose para ello de martirios inhumanos, y destrozando a sus víctimas a mordiscos y a estacazos.

Pues bien: este abencerraje ha matado a César Franco, dándole tan sólo un susto que le hizo polvo en el acto, sin tormentos, sin angustias, sin gritos y sin escándalos.

Por eso dice la gente, al ver este asesinato y comparar sus detalles con los demás de aquel *guapo*, que, en lo de *matar* a César, no fué ni bruto Nicasio.

RAMÓN LÓPEZ-MONTENEGRO.



Dib. JUAN LUIS. — Madrid.

RAZÓN DE PESO

— ¡Y luego dicen, querido barón, que las damas no tienen espaldas...

Ayuntamiento de Madrid

PÁGINA FEMENINA DE MADAME CUCÚ

EL BUEN HUMOR DE LA MODA

CORRESPONDENCIA

Kamelina. — Ante todo, simpática lectora, muchas gracias, por ser usted la primera que nos escribe adivinando que íbamos a inaugurar esta sección. Respecto a su pregunta, creo que sí. El aceite de ricino es, según dicen, muy bueno para hacer crecer las pestañas. Pruebe usted a ver; pero tenga cuidado no la bese su novio en los ojos, porque puede purgarse, y un purgante a des-tiempo es muy malo.

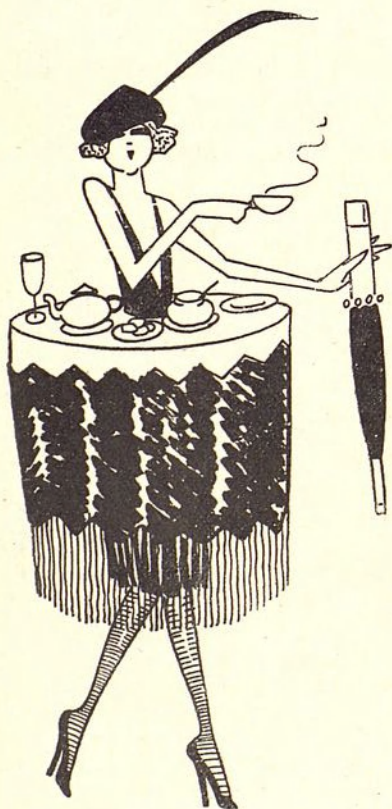
Cleopatra. — Oh *carissima!* Usted no molesta nunca; pero está usted muy equivocada. Ya no es *bien* usar cremas ni afeites para el cutis. Ahora lo verdaderamente *chic* es llevar la piel toda quemada y hecha cisco, para indicar

quiere ser cupletista y la otra monja!... ¡Cáspita! (¡Ay, perdón!) Pues yo no veo otro medio que consultar con la Dirección de BUEN HUMOR y abrir un concurso entre los más eminentes charadistas. Tal vez Novejarque o Romanones, que también tiene soluciones para todo.

en BUEN HUMOR, se hacen las cosas en grande. Es cierto que existen mil remedios, más o menos eficaces, para adelgazar; pero, hasta ahora, el único de positivo resultado es que cada vez que se tenga prisa, se espere de pie el tranvía en cualquier punto de Madrid. No falla.

Titi. — Verdaderamente, es un poco extraño que para gran parte de la gente *bien* tenga más importancia el cine que el teatro. ¿En qué consiste? No lo sé; pero fíjese en los precios de unos y otros, y tal vez le dé la clave del problema.

Una niña regular. — ¿Regular nada más, hijita? Pues a juzgar por el retrato que tiene la exquisita amabilidad de enviarme, es usted preciosa... y muy modesta. El vitriolo, nunca: eso deteriora la ropa. Es preferible regalarle una cajetilla de 0,50. ¡El muy charrán!...



Precioso traje de albayonga negra con aplicaciones; para tomar el té. Creación de la Casa Chut, de París.

claramente que se recibe a diario el aire en el automóvil.

Dos hermanas siamesas. — ¿A ver, a ver? ¿He entendido mal? No. Está bien claro. Pues no sé ni qué decirles ni qué partido tomar. El caso es como para un Concilio Lateratense. ¡De modo que una



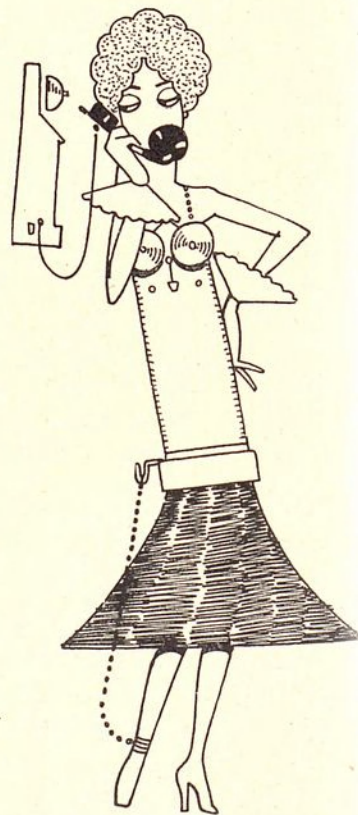
Peineta plegable. Modernísimo invento para llevar puestas las peinetas de moda bajo techado. Creación de la Casa Concha Carey y Hermanos.

Purpurina. — Por un verdadero milagro del cartero nos ha llegado su amable cartita. ¿Cómo ha equivocado usted las señas de ese modo? Para que no vuelva a sucederle, se las indicaré claramente. Dirija sus cartas a Madame Cucú, Redacción de BUEN HUMOR, plaza del Angel, 5, entresuelo. Sí; el acetileno es perjudicial para la dentadura. No debe continuar usándolo.

Una niña "bien". — Bien, bien, me parece muy bien. Veo que piensa usted muy cuerdate. La colocación de una señorita en el cine debe ser la siguiente: primero, la señorita; a ambos lados, papá y mamá; después, los hermanitos pequeños; luego, dos guardias; y al final, el novio. Créame usted, en estos tiempos todas las precauciones son pocas.

Una morena y una rubia, hijas del pueblo de Aravaca. — Esas cosas salen en los dedos de los pies, no de los zapatos estrechos, sino de la fea costumbre de morderse las uñas. Hay que corregirse, y ello solo se curará.

Lulú. — Sí, señorita, sí. Soy parisien-se. Pero antes de yo nacer, mis padres fueron a París. Allí nací yo, y a los siete días volvimos a España. Desde entonces no he vuelto. Pero soy parisina. Aquí,



Primoroso traje para hablar por teléfono. Seda de la Patagonia y tisú de calderilla. Creación de la Maison Tafá, de París.

Una enajenada. — El popular actor cinematográfico J. H. W. Chipichousky es casado con dos esposas a la vez, y a las dos creo que las pega. Siento causar-le esa desilusión. Esos granitos desaparecen con una ligera solución de dinamita, alcohol y vermut de 0,15. — CUCÚ

LOS BUENOS AMIGOS



— **ADA** día va aumentando el número de los que se clasifican en la vida como buen amigo de Fulano o de Mengano. La ocupación, a decir verdad, es menos trabajosa que estar con un pico en las obras de la Gran Vía, y desde luego, es mucho más brillante.

El buen amigo tiene menos que hacer que el subsecretario de cualquier Ministerio, pues su misión únicamente consiste en ponerse a las incondicionales órdenes del jaleado, y ser algo así como la prolongación de éste, sobre todo para las cosas desagradables. ¿Que el individuo, al que pudiéramos llamar tronco de este amigo, es literato, cómico o torero? Pues las ramas, o sean los amigos efusivos y pegadizos, no tienen en este mundo más misión que realizar que la de jalear al interfecto.

— ¡Cómo estuvo anoche Paco! ¡Inmenso!

— ¿Paco? ¿Quién es? ¿El sereno?

— ¡Hombre, no sea usted idiota! Me refiero al gran Gutiérrez, a ese comicazo que no cabe por la Puerta de Alcalá. ¿Usted le ha visto hacer *El pescador tenebroso*?

— Sí.

— Pues en la escena del segundo acto, cuando al volver de la pesca escondió un besugo para que el fisco no se lo secuestre, y oye al carabinero decir, porque ha visto lo oculto, aquello de «¡Te veo, besugo!», Gutiérrez lanzó un grito tal, como para protestar del pago de las contribuciones, que no le digo más sino que de haberlo lanzado en el salón de sesiones del Congreso, el ministro de Hacienda tiene que dimitir inmediatamente.

— Causó mucho efecto en el público, ¿eh?

— ¡Tremendo! Como que me consta que al terminar la función tres espectadores de anfiteatro se fueron a afiliarse a la Casa del Pue-

blo como protesta contra la imposición de arbitrios.

— ¡Qué atrocidad!

— ¡Como que Paco es inmenso!

— ¡Caray, ni que fuera el Océano!

Estos buenos amigos de los artistas y de los políticos y de todo aquel que realiza una misión brillante, sienten mayor entusiasmo que el propio interesado, el cual en muchos casos realiza su labor renegando de su suerte y hasta de la hora en que le enseñaron a leer en manuscrito.

— ¿Qué hay, grande hombre?

— Nada; que esta noche tengo un dolor de estómago que parece que me he tragado la estatua de Neptuno y el dios de piedra me está clavando el tridente.

La frase, que, como puede verse, es de una vulgaridad que asusta, obtiene un éxito loco entre los admiradores, y éstos se apresuran a propagarla para conocimiento del vulgo anónimo.

— Me ha dicho Candiano, ya sabe usted, el poeta, que esta noche tiene dolor de estómago. ¡Es muy grande!

— ¿El dolor? Que tome bicarbonato.

— No; el grande es el vate. ¡Mire usted que estar bajo el peso de una molestia interna y ponerse a versificar!

— ¡Ya, ya! Ahora que, si es interna, que la ponga mediopensionista, y verá cómo se alivia.

— Hombre, parece mentira que haga usted chistes con una gloria madrileña.

— Anda, yo lo hago igual con una gloria que con una glorieta. Con la de Bilbao, por ejemplo.

El admirador huye del contacto impuro del descreído aquel, y espera anhelante el fruto del trabajo de su admirado poeta. Este, que ha soltado ya los ripios y consonantes que le pinchaban en el estómago, cuando se ve de nuevo ante el coro general de admiradores, queriendo corresponder a tales muestras de aprecio, da lectura a su obra.

— Ya sabéis; esto lo escribí la noche aquella del dolor de estómago.

— Sí, sí. Anda, lee, que estamos impacientes.

— Pues atención:

Mi chiquilla,
la mantilla,
la mantilla,
manzanilla.
Mi chiquilla,
la mantilla,
manzanilla,
¡ole Sevilla!

— ¡Admirable! ¡Bravo!

— ¡Estupendo! ¡Eres el amor!

— A ver si alguna vez han hecho algo parecido Quevedo, Campoamor, Rubén, Machado...

— ¡Qué han de hacer!

Y en esto es en lo único que tienen razón los admiradores: en pensar que tales poetas hubieran podido hacer semejante cosa, no obstante lo jaleado que es una estupidez aquí y en las provincias del litoral mediterráneo. Pero sí, sí. Andeles usted con reparos a los buenos amigos del artista, y se juega usted un juicio de faltas por golpes y escándalo en la vía pública.

Ser amigo de un artista es ser un incondicional del mismo, no tolerar la me-



ENTRE DONCELLAS

Dib. ACILU. — Madrid.

— Yo ahora busco casa para hacerlo todo.

— Pues yo la busco para no hacer nada.

nor molestia para, él y estar dispuesto a llegar hasta el sacrificio, si es posible.

Por eso hay veces que entre los admiradores de los toreros, por ejemplo, gente desde luego más exaltada que los otros que pusieron su admiración en otras ramas del arte, ocurren choques tremendos, y a lo mejor un incondicional de esos regresa a su domicilio con la cabeza vendada y empaquetada de tal modo, que no parece sino que la va a mandar a provincias en paquete postal.

— ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué te ha pasado?

— ¡Esto no tiene importancia! ¡El Botijito!

— ¿Ese torero amigo tuyo? Ya te dije que era muy bruto.

— La bruta eres tú. Esto me lo ha hecho un contertulio de café que se puso a hablar mal del Botijito, diciendo que al pinchar se echa fuera. ¡Mira que cuartear él, que es Frascuelo! Oye, ponme un poco de agua fría, que esto me escuece de un modo horrible.

Y es que, claro, también esto de defender constantemente al amigo admirado tiene sus quiebras.

A. R. BONNAT



Dib. BILBAO. — Madrid.

— ¡Qué elegante andas, Chomin! ¿Tienes navieras?

— Traineras..., y gracias.

PARALELOS HUMORÍSTICOS

Un modesto servidor de ustedes posee una pequeña biblioteca, que mi proverbial humildad me impide calificar. Un hombre más fatuo que yo no vacilaría en llamarla «una biblioteca de tomo y lomo». Yo reconozco que la mía es de 800 tomos y de otros 800 lomos; pero me lo callo, por no presumir y porque ustedes no me tengan envidia y me empiecen a profesar antipatía, cosas ambas que me llevarían al sepulcro antes de ver el fin de la guerra de Marruecos, suponiendo que eso pueda tener fin alguna vez.

Pues bien: ayer mañana, mientras Febo seguía su brillante carrera (como siempre, con buenas notas), se me ocurrió la peregrina idea de relacionar los títulos de las obras que yo poseo, con algunos nombres de personas y cosas famosas en España, en lo que indudablemente pensaron los autores al titular sus inmortales producciones, y el resultado de estos *paralelismos* que tuve la comodidad de sacarme de la cabeza, es el que van ustedes a ver a continuación:

OBRAS DE VÍCTOR HUGO

El hombre que ríe. — Alusión a Romanones, que se ha propuesto tomar el pelo a los 18 millones de pacientes sujetos que constituimos la población de España e islas adyacentes.

Los miserables. — Sánchez de Toca y Bergamín, que no le dan una peseta ni a su sombra, aunque se la pidan de rodillas y en verso.

Napoleón el Pequeño. — Don Juan de la Cierva, que, si le hubiéramos dejado, habría conquistado a Europa entera, con Rusia y todo.

Nuestra Señora de París. — La genial Raquel Meller, que se ha hecho el ama de la capital de Francia con cuarenta canciones..., es decir, ¡que les ha cantado las cuarenta a los franceses, y no ha habido ni la más leve reclamación diplomática!...

Los trabajadores del mar. — Millán de Priego y Saborit cuando toman baños de ola (¿qué tal?).

Que nosotros sepamos, no trabajan en ninguna otra parte.

OBRAS DE EMILIO ZOLA

Fecundidad. — Cualidad de la familia de García Prieto, en la que hemos contado (ocupando cargos públicos) seiscientos yernos, mil sobrinos, ochocientos cincuenta tíos, treinta cuñados y ningún primo.

Rectifiquemos: hay un primo, que es el contribuyente.

La débacle. — Calificativo que habrá que aplicar al momento, aun lejano,

en que los liberales consigan coger el Poder.

La taberna. — Ateneo científico y literario preferido por bastantes elementos del socialismo, con permiso de Carlos Marx.

OBRAS DE CALDERÓN

El alcalde de Zalamea. — El joven marqués de Villabrágima, cuya tragedia municipal ha dejado en mantillas a los hechos de aquel portentoso de energía llamado Pedro Crespo.

Casa con dos puertas, mala es de guardar. — Los Casinos aristocráticos, donde hay una puerta que da a la calle,



Dib. SUMMERS. — Madr'd.

— ¿Te has fijado, Mabel, en las perlas del collar de la de Rodríguez? ¡Son auténticas!...

— ¡Esos nuevos ricos son tan cursis!...

y otra puerta (que cuesta bastante cara) en el interior del salón de recreos...

OBRAS DE BLASCO IBÁÑEZ

La barraca. — El teatro de Apolo, considerado desde el punto de vista de su repertorio.

Los cuatro jinetes del Apocalipsis. Grupo de picadores que lleva Chicuelo, con la misión de convertir a los toros en harina lacteada y poder tener algún lucimiento a la hora de la muerte.

Cañas y barro. — Lo que nos está colocando en todas las calles de Madrid la Empresa del Metropolitano en calidad de adorno de la vía pública.

OBRAS DE EUGENIO SUÉ

El judío errante. — Nuestro afectísimo amigo D. Francisco Cambó.

OBRAS DE ALEJANDRO DUMAS

Memorias de un médico. — Don José Francos Rodríguez, que siempre que ve a un redactor de BUEN HUMOR le da memorias para todos los compañeros.

¡Muchas gracias, don Pepel! ¡Y a la recíproca!

Los tres mosqueteros. — Alba, Melquiades y El Noy del Sucre.

OBRAS DE ZORRILLA

Granada. — Doña Carmen de Burgos (a) Colombine. ¡Más granada no cabe!

OBRAS DE PÉREZ GALDÓS

Gloria. — La Laguna.

Doña Perfecta. — Loreto Prado.

Electra. — Respetable Compañía que nos tiene a obscuras a los madrileños.

El abuelo. — Don Antonio Maura, entre la política y la pintura, sin saber por quién decidirse.

¡Decidase usted por la pintura, don Antonio!

NÉSTOR O. LOPE.

MISCELÁNEA POLÍTICA

El Sr. Puig y Cadafalch ha tocado a somatén, y pide a sus amigos del Parlamento que se constituyan en Junta de defensa... de la Mancomunidad.

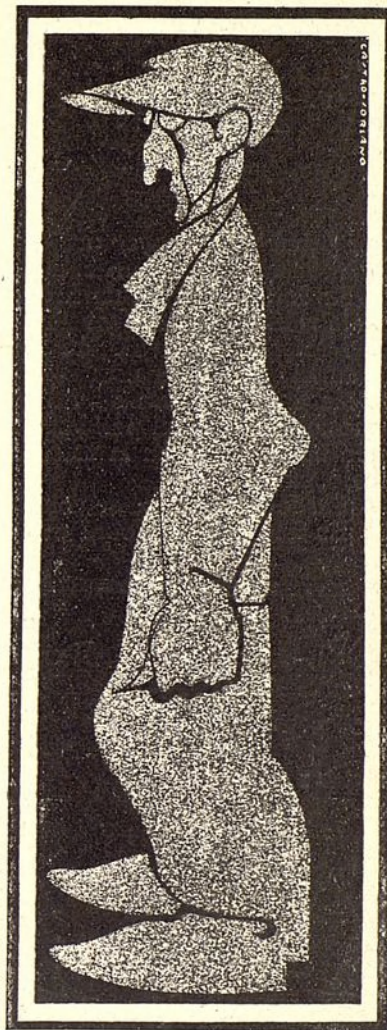
Todos han acudido al llamamiento del hombre de los treinta sueldos, menos los diputados de la Unión Monárquica. Esos no han caído en la red.

En la red telefónica, se entiende.

✱ ✱ ✱

Los prohombres de la concentración democrática han estado en Bilbao.

El primer día pronunciaron sendos



Dib. CASTRO SORIANO. — Tauste.

— ¡Cinco veces detenido por sospechosos!... ¡Mataré al primero que pase, para que me deje en paz la Policía!...

discursos en la Sociedad El Sitio. Y al día siguiente fueron a rendir homenaje a las tumbas donde reposan los mártires de la libertad.

Es lo que pasa siempre.

A los que se quedan en el sitio, los llevan al día siguiente al cementerio.

✱ ✱ ✱

Entre los personajes liberales que fueron a Bilbao, hemos echado de menos a D. Rafael Gasset.

— ¿Es que se han olvidado ustedes de la política hidráulica? — preguntamos a un prietista.

— Nada de eso — nos contestó —. Tres días hemos estado en Bilbao, y ni uno solo dejó de llover, ni las músicas cesaron de tocar el *Himno de Riego*.

JUAN DEL EBRO.

DEL BUEN HUMOR AJENO

LA OPINIÓN DE PRÓSPERO MARIOLLE, por Max y Alex Fischer.

I

Por primera vez, ayer mañana, *L'Aube* insertaba un artículo de Juan Fardot. El nuevo publicista se pasó la mañana leyendo y relejendo su «Interviú con el alcalde», publicada en quinta plana.

A las once se sabía su crónica de memoria. Dobló el periódico, y dando un puñetazo en la mesa de trabajo, exclamó:

— ¡Fardot, puedes estar contento!... ¡Es una pequeña obra maes-

tra! Eso... ¡Una obra maestra! Esta gente de *L'Aube* no se da cuenta de lo que yo hago. Pero no soy yo el que debe convencerles.

Se puso a pensar en las cosas que les diría si le fuera posible escribirles.

Cogió una hoja de papel. Y disfrazando cuidadosamente su letra, escribió la carta siguiente:

«Señor director.

»¡Bravo! ¡Cien veces bravo! ¡Mil veces bravo! Yo compro diariamente su interesante periódico. Permí-

tame confesarle que nunca lo he leído con la satisfacción que hoy.

»¡Ah, señor director! ¡Ah! Ese artículo titulado «Interviú con el alcalde», firmado por Juan Fardot, es una maravilla. ¡Una pequeña obra maestra!»

Dejó la pluma. Perplejo, se pasó la mano por la frente.

— Vamos a ver — murmuró —, ¿Cómo diablos firmaría yo esta carta? ¿Dupont?... ¿Mathieu?... ¿Dónde podría domiciliarlo?... ¿En el 322 de la calle de los Mártires?... ¿En el 550 del pasaje de los Príncipes?...

Veinte veces antes de enviar su interviú al periódico, la había sometido a la opinión de su viejo amigo Próspero Mariolle. Veinte veces Próspero Mariolle le había prodigado elogios calurosísimos: «¡Es estupendo, chico, estupendo! No harás nunca otra cosa mejor.» Se sintió iluminado; tomó la pluma y continuó:

«En la esperanza de que encargará a M. Fardot que haga otras interviús con el presidente del Congreso, con el presidente del Senado, con el presidente del Consejo, con el Presidente de la República, cosa que agradecerá conmigo toda la nación, tiene el gusto de expresarle su distinguida consideración, uno de sus más fieles lectores, *Próspero Mariolle*, 127, calle des Saints-Pères.»

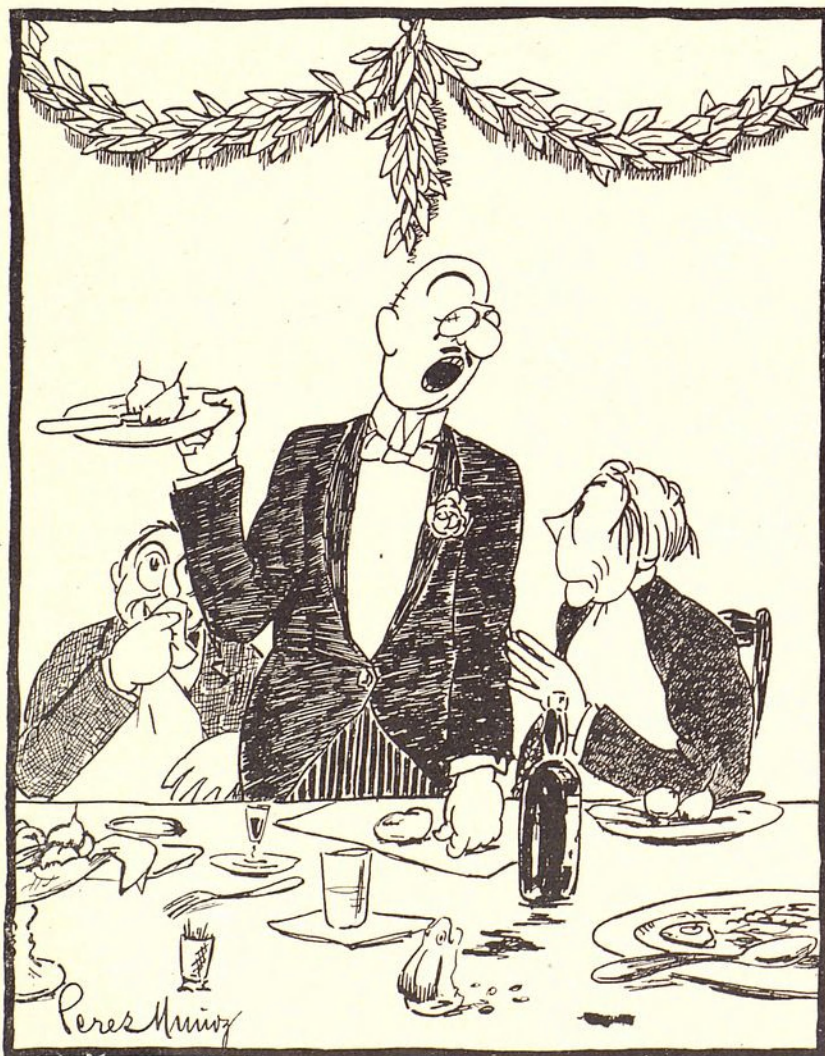
II

Juan Fardot llamó a Josefina, su criada. Le dijo:

— Josefina, vístete y vete a la calle. Aquí tienes setenta céntimos: sesenta para el ómnibus y diez para un sello de interior. Toma esta carta. No la pierdas. Llévala al estanco de la calle des Saints-Pères... Ya sabes: el que hay enfrente de la casa de mi amigo el señor Mariolle.

Parada en la acera, en la calle de Nôtre-Dame-de-Lorette, Josefina esperaba el paso del autobús. Leyó el sobre que Fardot le había entregado. Decía así: «Señor Pouche, director de *L'Aube*. — 17, calle de Faubourg-Montmartre.»

— ¡Parece mentira! ¡El señor está



A LA HORA DEL BRINDIS

Dib. PÉREZ MUÑOZ. — Madrid.

EL BANQUETEADO (que es muy distraído). — Levanto mi copa...

loco! — pensó la muchacha —. *L'Aube* está a tres minutos de aquí. ¡Hay que atravesar todo París para ir adonde me ha dicho!

El autobús tardaba en aparecer. Para entretenerse se puso a mirar el escaparate de una confitería. Unas enormes pastillas de chocolate, envueltas en papel de plata, a diez céntimos cada una, llamaron su atención.

— Si yo la llevo — pensó — me puedo quedar con los setenta céntimos...

Diez minutos después, Josefina se dirigía a pie al 17 del Faubourg-Montmartre. Ya no llevaba en la mano los setenta céntimos. Llevaba, en cambio, siete pastillas de chocolate.

En el vestíbulo de *L'Aube* se acercó a un chico del periódico y le dijo: — Pase usted esta carta al señor Pouche.

En este momento, el propio Honorato Pouche, salía.

— ¿Una carta para mí?... ¿De parte de quién?

— De parte de... del señor Fardot — contestó Josefina.

El señor Pouche abrió el sobre. Su rostro expresó una viva sorpresa. Aquella muchacha decía traer una carta de Fardot, y la carta estaba firmada por un tal Mariolle. Se dirigió a Josefina:

— ¿Dice usted que el señor Fardot, el señor Juan Fardot, le ha encargado de traer esta carta?

Josefina se tragó el pedazo de chocolate que chupaba, y un poco asustada, murmuró:

— Sí, señor... Bueno, sí y no... Verá usted: el señor me ha dado esta carta para llevarla al estanco de la calle des Saints-Pères... Yo creí que era más ligero traerla directamente. En un momento la he traído, sin haberme entretenido en ningún sitio.

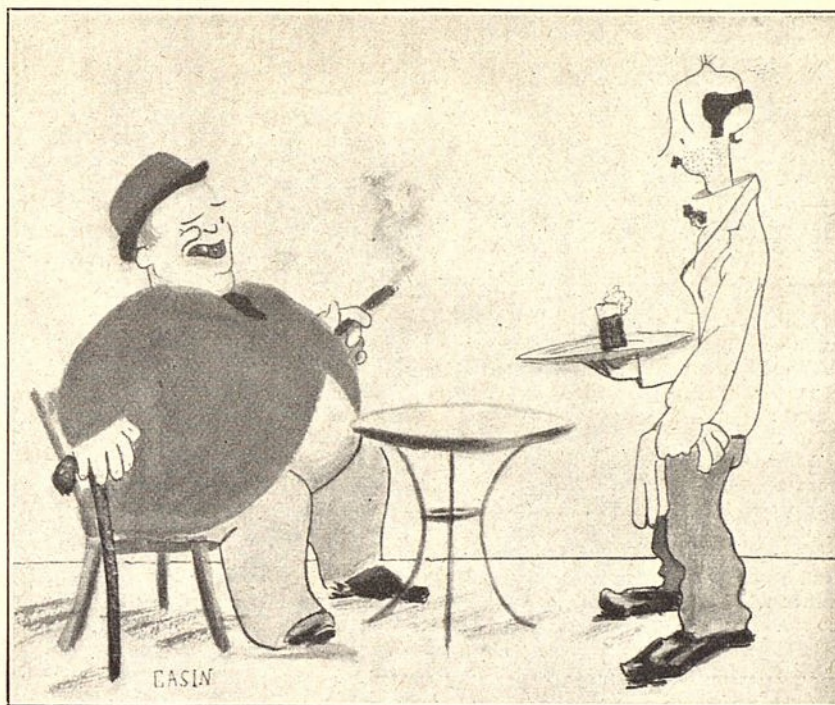
III

Esta mañana Juan Fardot recibió una carta. En un ángulo del sobre estaban impresas estas letras: *L'Aube*.

Se puso muy contento.

— ¡Ya está! La cartita ha surtido su efecto. De seguro me piden más artículos...

Rompió el sobre, que contenía dos hojas de papel. Febrilmente abrió la primera. Reconoció la letra del señor Pouche, y leyó:



EN LA CERVECERÍA

Dib. CASÍN. — Madrid.

EL PARROQUIANO. — ¡Un día es un día!... Voy a pescar una merluza.
EL CAMARERO. — Aquí tiene usted la caña.

«Querido amigo.

»Le agradecemos nos envíe amablemente la opinión de un tal Próspero Mariolle, acerca de su «Interviu con el alcalde».

»Todo parece hacer suponer que ese señor Mariolle es uno de sus amigos.

Esto hace que nosotros formemos mal juicio de su persona. La carta adjunta expresa un juicio totalmente distinto, con el que estamos de absoluto acuerdo.»

Más febrilmente, Fardot leyó la segunda carta, que decía así:

«Señor director.

»¡Oh! ¡Qué vergonzoso artículo publica usted esta mañana!... Ya habrá usted comprendido que me refiero a esa «Interviu con el alcalde», firmado por Juan Fardot.

»¿En qué idioma está escrito? ¿En chino? ¿En esquimal? ¿En esperanto?

»Un buen consejo, señor director: no vuelva a publicar en su diario cosas parecidas, tan estúpidas e insensatas.

«En la esperanza de no encontrar nuevamente en sus columnas una

nueva interviu firmada por ese necio de Fardot, le dedico mis más sinceros y cariñosos saludos de uno de sus asiduos lectores, *Próspero Mariolle*, 127, calle des Saints-Pères.»

A. R. H.

NUESTROS CONCURSOS

Verdaderamente disgustados, nos vemos en la imperiosa necesidad de declarar desiertos los premios correspondientes a los temas siguientes: ¿En qué invertiría usted con más aprovechamiento la cantidad de dos pesetas con sesenta y cinco céntimos? y ¿Por qué razón misteriosa e indescifrable cuesta veinte céntimos el tranvía para ir a las corridas de novillos, y dos reales para las de toros?

Nos duele tomar esta determinación, que destruye nuestro propósito, suficientemente demostrado, de hacer efectivos todos los premios de nuestros concursos; pero creemos que nuestros lectores estarán tan convencidos como nosotros de la imposibilidad de otorgar por esta vez las cincuenta pesetas ofrecidas, entre los poquitos trabajos publicados.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa que se nos envíe, debe dirigirse al apartado de Correos número 12.142.

Abkar. Madrid. — Nada, que no caemos en quién puede ser usted. No tenemos ningún amigo que lo haga tan mal.

Kukito Lérida. — Camanudolentes. — No sirve.

F. de S. Madrid. — No se le herizen a usted los cabellos, joven. Aquí no nos comemos a nadie. El cuento promete cosas mejores de su péñola novel. Lo que necesita usted es repasar la ortografía para distinguir la palabra *cavila* (de *cavilar*), de esa otra, tan de actualidad, *cabila*, que significa tribu del Rif. No diga usted tampoco *nuves*, que está muy feo. Claro que

esto no obstaría para que el cuento tuviese gracia, ni que por esto se dejase de publicar, si lo merecía; pero desde luego es un mal síntoma para un escritor.

S. J. — J. N. y A. A. M. M. Madrid. — No vale.

G. y C. Daimiel. — Manden los dibujos, y luego hablaremos.

Cuéllar y L. G. M. Madrid. — *Aga. Valencia.* — No sirven.

Oso. Madrid. — Muy bien; pero muy sucios. Mande otras cosas.

G. M. Tetuán (artista ruso). — Publicaremos uno de sus dibujos. El otro tiene un chiste de muy mal gusto.

Pepe. Avila. — Nando. Valencia. — Publicaremos dos de cada uno.

La F. Valencia. — A. del R. Valladolid. Galindo y Pocholo. — No sirven.

Katite. — ¿Que le digamos lo que tiene que *Acer?* Conformes: primero, poner las haches en su sitio; y luego, saber dibujar. Nada más.

J. S. Valladolid. — Creemos haber dicho repetidas veces que las cosas castizas y chulescas nos molestan personalmente; y mucho más si no tienen gracia.

A. E. Madrid. — ¿Usted no sabe que en el número 1.140 de *Nuevo Mundo*, hace la friolera de seis años y pico, publicó una cosa Pérez Zúñiga con el mismo asunto y con casi todos los mismos chistes y algunos más?... ¿No?... ¡Pues sépalo usted!

Perico el de los Palotes. Criptana. — Es tonto. ¿Qué decimos tonto? ¡Tontísimo! Además, carece en absoluto de originalidad. Hasta el chiste final está copiado de una obra teatral muy conocida.

J. Canelo. Madrid. — Eso del perro no no vale, Canelo. No podemos publicarlo, a pesar de que usted nos anuncia que no cobraría nada. Aquí se paga todo lo que se publica.

Mohammed. Madrid. — Aceptamos uno de sus dibujos. El de Wamba es gracioso; pero tiene algunos detalles de dudoso gusto.

B. M. N. Huelva. — Bien. Muy bien; pero muy fúnebre. Insista usted con asuntos en los que no haya enfermedades ni defunciones. ¡Si puede ser!...

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

VIII SALÓN DE HUMORISTAS

El día 20 del actual se inaugurará en el Palacio de Bibliotecas y Museos el VIII Salón de Humoristas, al que podrán concurrir todos los artistas españoles y los extranjeros residentes en España, con arreglo a las bases siguientes:

1.^a Será condición indispensable acompañar los envíos del boletín de solicitud y resguardo de inscripción, escritos y firmados de puño y letra del expositor, excepto la casilla de los números de la hoja resguardo, que servirá de recibo de las obras.

2.^a Las entregas de Madrid habrán de hacerse, durante el plazo improrrogable del 10 al 15 del actual, en el local de la Exposición, de tres a seis de la tarde.

3.^a Las obras presentadas estarán sometidas a juicio de admisión.

4.^a Cada artista podrá presentar hasta seis obras, y el tamaño de cada una de éstas — marco comprendido — no excederá de un metro cuadrado.

5.^a Las esculturas caricaturescas habrán de presentarse en materia definitiva.

6.^a Serán rechazados todos los muñecos de trapo o madera que no tengan un carácter exclusivamente artístico, y los que procedan de casas industriales o puedan confundirse con los expuestos en los escaparates y anaqueleros de las tiendas dedicadas a este género de juguetes.

7.^a No se admitirá ningún dibujo sin marco.

8.^a El precio de cada obra no podrá ser menor de cien pesetas ni mayor de quinientas.

9.^a Los portes de ida y vuelta de los envíos

de provincias serán por cuenta del expositor, y no se admitirá ninguno de estos envíos después del 15 del actual, aun en el caso de fuerza mayor de retraso en los transportes.

10.^a De toda obra vendida se descontará el 10 por 100 del precio señalado en el boletín.

11.^a Del 16 al 18 de mayo se avisará a los autores de las obras no admitidas, que deberán ser retiradas antes del día 19 de dicho mes.

12.^a Las obras expuestas no podrán en ningún caso ser retiradas del local de la Exposición hasta el día siguiente al de la clausura.

13.^a Las obras no vendidas podrán ser retiradas, a partir del 1 de julio hasta el 15 del mismo mes, en *La España Artística* (Casa Viuda de Macarrón), Jovellanos, 2, previa presentación del resguardo correspondiente. Pasado ese plazo, no se responde de extravío ni deterioro alguno.

14.^a Los envíos de provincias deberán hacerse a nombre del *Secretario técnico de la Exposición*, D. Enrique Ochoa, a las señas de *La España Artística*, Jovellanos, 2, Madrid; y en sitio bien visible de la cubierta o etiqueta, la advertencia *Para el Salón de Humoristas*.

15.^a Se recomienda la conveniencia de remitir con las obras fotografías de alguna de ellas o de todas, para en el caso de que se hiciera catálogo o publicación cualquiera referente a la Exposición; entendiéndose que el organizador queda en libertad absoluta de reproducirlas o no.

16.^a Toda la correspondencia referente a la Exposición deberá dirigirse al *Secretario administrativo*, D. Enrique Estévez Ochoa, Jovellanos, 2.

Antes de que empiece el calor, haga usted provisiones de los famosos Polvos insecticidas de

LEVER Y COMPAÑÍA

Es un consejo que nos agradecerá usted cuando disfrute tranquilamente de las delicias veraniegas.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de cada mes.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	12,40 pesetas.
Semestre	16,50 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID



Calzados PAGAY

LOS MAS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

BUEN HUMOR



— ¡Por Dios! ¡No se lo digas a mamá!

Dib. RAMIREZ. — Madrid.